

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 170.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en París.

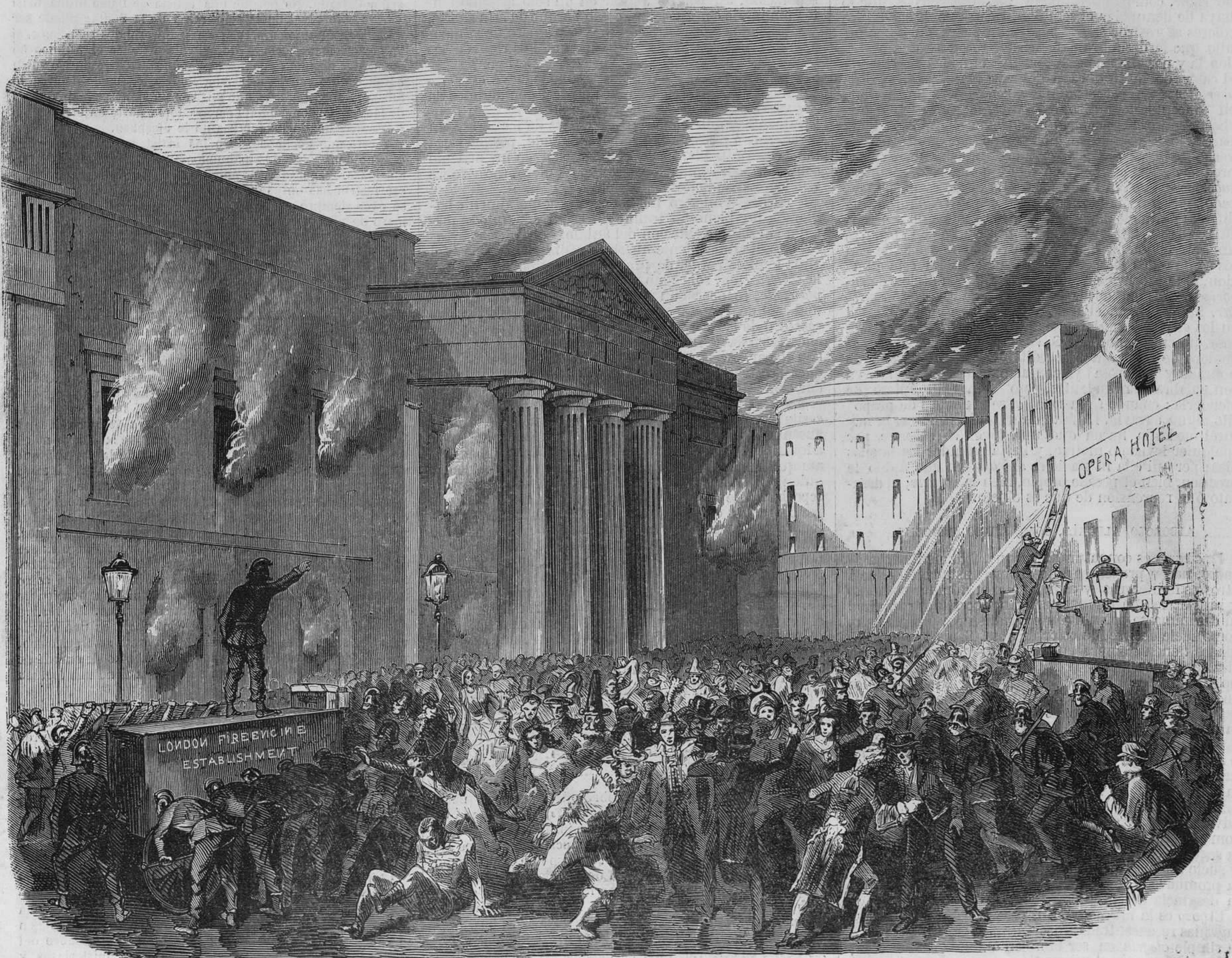
SUMARIO.

Incendio del teatro de Covent-Garden; grabado. — Estudios sobre sinónimos castellanos. — Revista de París. — La Emperatriz del Brasil. — Expedición á la Indo-China;

grabados. — Las dos amapolas. — No me olvides. — Hombres ilustres de la América española. — Deshielo del Liman del Dnieper; grabados. — Valeriano. — La raza de caballos en Francia; grabados. — Exposición Universal de la Industria. — Revista de la moda. — Incendio de Macao; grabado.

Incendio del teatro de Covent-Garden.

Este famoso teatro de Lóndres estaba alquilado desde Navidad al prestidigitador Anderson, y este hábil jugador de manos había querido cerrar una serie de fiestas



Incendio del teatro de Covent-Garden, en Lóndres, el lunes, 4 de marzo de 1856. — Salida de un baile de máscaras.

y de representaciones de su arte, por medio de un gran baile de máscaras de extraordinaria magnificencia. Concluía ya el baile y aun se hallaban en la sala unas 300 personas, cuando un madero encendido que se desprendió del techo reveló que acababa de estallar un incendio en la parte superior del edificio.

Imposible es pintar el desorden que entonces tuvo lugar. Afortunadamente, como la multitud no era mayor, la gente pudo salir con bastante facilidad.

Dióse señal de alarma, pero no tardó en reconocerse que era preciso renunciar á toda esperanza de conservar el edificio, y en su consecuencia todos los esfuerzos se dirigieron á salvar las casas inmediatas. Veinte bombas hábilmente dirigidas, no cesaron un instante de arrojar torrentes de agua sobre los edificios que se extienden desde Hart Street hasta Jame Street. Las llamas agitadas por una ligera brisa matinal, se elevaron á una gran altura, y hubo momentos en que se creyó seguro el incendio de todo el barrio. A las diez de la mañana ya no había en pie mas que las cuatro paredes exteriores y las columnas dóricas del vestíbulo; todo lo demás quedaba reducido á cenizas. La pérdida total se eleva á doscientas cincuenta mil libras esterlinas. El propietario no tenía asegurado el edificio.

Afortunadamente no hubo que lamentar ninguna desgracia personal, cosa que se debe á las excelentes disposiciones tomadas por la policía.

El teatro, que precedió al que se acaba de destruir, fué abierto por Rich el año 1732 y después de haber sufrido varias modificaciones fué destruido por un incendio el 20 de setiembre de 1808. La primera piedra del teatro que acaba de ser reducido á cenizas, fué puesta por el duque Sexex el 31 de diciembre de 1808, habiéndose abierto el teatro el 18 de setiembre de 1809 con la representación del Macbeth de Shakespeare.

Estudios sobre sinónimos castellanos.

ABOCHORNAR, AVERGONZAR, RUBORIZAR, SONROJAR.

El efecto de avergonzar, puede ser mas sensible que el de abochornar, ruborizar ó sonrojar, pero no supone de rigor, como generalmente los otros verbos, que lo haya de denunciar el semblante. Sin que le salgan los colores al rostro, se avergüenza un padre de tener un hijo que le deshonorra. Abochornar reconoce una procedencia y por ella una acepción física que le es exclusiva: el calor de la lumbre ó del sol abochornan, pero no avergüenzan ni ruborizan ni sonrojan: por esto sin duda en concepto metafórico, es el mas significativo de dichos términos. Sonrojar, que se toma siempre en mala parte, no es, á nuestro juicio, otra cosa que el mismo verbo sonrosar ó sonrosear, que simplemente expresa producir un tinte rosado ó ligeramente rojo, mientras ruborizar indica que el color á que alude es mas marcado, mas encendido, pero aunque no se admita esta diferente etimología, ello es que en castellano la particula *so* ó *son* quita valor y energía al verbo con el cual se une, precediéndole para formar otro, como sucede con los compuestos *soasar*, *socabar*, *sonsacar*. En esta atención, lo natural y consecuente sería que la acción de ruborizar fuese mas eficaz y pronunciada que la de sonrojar. Sin embargo, el uso no lo ha querido así; pues si en los efectos exteriores vienen á denotar una misma cosa, no en los morales. Se ruboriza á una persona sin desdoro de ella (antes acreditándola de inocente ó de honrada y pudorosa) ya con alabanzas exageradas, ya con palabras imprudentes, pero dichas sin ánimo de ofenderla: cuando se la sonroja, se la infiere de propósito algun agravio. La falta de trato, la timidez, la natural modestia hacen que una joven se ruborice por cualquier levísimo motivo, y hasta para dar los buenos dias; pero ni ella ni nadie se sonroja sin que á ello le precisen, bien el pecado propio, bien la injuria, el desacato ó la reprensión de que es objeto.

ALBOROZO, ALEGRÍA, GOZO, JÚBILLO, REGOCIJO.

La alegría es connatural á los que, felizmente organizados, nacen propensos á divertirse hasta con lo que á otros es indiferente y aun enfadoso, á hallar contento y satisfacción en los mas pequeños goces, á no afligirse ni desanimarse por ningun contratiempo, á verlo todo, como suele decirse, de color de rosa. Seres tan privilegiados tienen siempre en los labios ó cerca de ellos la risa de la inocencia y la beatitud. Esta cualidad innata no se comunica á los otros vocablos arriba escritos, los cuales son otros tantos signos que representan diferentes grados ó modificaciones de la alegría; esto es, no de la inherente á la índole del sugeto, sino de la accidental, de la que se muestra claramente con palabras, gestos ó acciones, de la que excita, aun en personas poco alegres de suyo, un suceso próspero, un deseo satisfecho, ó la embriaguez del vino, de la gloria, del amor; que en ambas acepciones es muy usual la dicción alegría. Pero adviértase que, si en la primera nunca es culpable, como no sea de algun tanto de indiscreción ó rusticidad, la segunda, es decir, la ocasional, la transitoria, puede y suele ser maligna, cuando no pecaminosa, porque así la promueve el contento propio como la mortificación ó la desgracia del prójimo.

El gozo es la misma alegría, pero mas duradera; aunque mas reconcentrada, mas íntima. El júbilo excede á la simple alegría en ser tambien de mayor duración, como el gozo, pero al mismo tiempo mas espansivo, mas dado á ostentar la fruición interna. En el regocijo sube

de punto el alarde de lo que da ocasión á la alegría, pues gusta de solemnizarse con comilonas, bailes, músicas y todo género de fiestas que por metonimia se llaman asimismo regocijos. El alborozo, ménos constante que el gozo y el júbilo, y aun mas fugaz á veces que la sola alegría, es subitáneo, febril, estrepitoso, nace siempre de buena causa, y en esto se parece á la alegría genial, necesita desahogarse con alrazos y besos y gritos y exclamaciones, se da la mano su significación, aun en el día, con la de alboroto, de la cual solo se diferencia en una letra; y nótese que en antiguos escritos se halla usada esta última voz en lugar ó como equivalente de alborozo.

AFAN, AHINGO, ANHELO, ANSIA.

Ahingo es el empeño, la eficacia con que se solicita ó se procura conseguir una cosa; anhelo es la vehemencia con que se desea, la inquietud con que se espera; el afan participa del ahingo y el anhelo; el ansia es el mismo afan en el mas alto grado; es una solitud impaciente, un deseo congojoso. El anhelo y el ahingo se manifiestan hablando, y tambien haciendo las posibles diligencias para lograr el objeto que los excita; pero no requieren necesariamente el trabajo físico, la fatiga corporal á que el afan suele recurrir, ni se muestran al exterior con signos tan marcados, con movimientos tan convulsivos como el ansia. El ansia, además, se propone casi siempre satisfacer la propia necesidad ó el personal apetito: el ahingo, el anhelo, el afan, mas desinteresados, se sienten igualmente por el bien ajeno. Se pone ahingo en alcanzar lo que es causa de nuestro anhelo y se trabaja para ello con afan. Se tiene ansia de gozar, de vengarse; se come con ansia.

COMPLACENCIA, CONTENTO, DELEITE, GUSTO, PLACER, SATISFACCION.

Cada una de estas voces denota de diferente modo la agradable sensación que un alma experimenta cuando alguna cosa halagüenamente la conmueve. Las mismas voces tienen estrecha relación con otro grupo de ellas de que hemos formado artículo aparte; á saber, alborozo alegría, etc.; pero de unas y otras hemos tratado con separación, así por no reunir en un solo artículo tantos puntos de comparación, como porque de esta suerte, y reuniendo en cada sección mayor número de afinidades; allí consideramos principalmente lo grato de las sensaciones por sus signos exteriores, y aquí por su mayor ó menor fuerza intrínseca. Anunciada ya esta clasificación, advertiremos, como de paso, que algunos de sus vocablos que ahora vamos á explicar se usan figuradamente supliendo á tales ó cuales de los otros, sin detenernos á precisar el cómo y el cuándo, porque sería tarea interminable. De la comparación de un artículo con otro, podrá quien lo necesite, ó quiera, sacar sobre esto las convenientes deducciones.

Contento, á nuestro modo de ver, es, moralmente hablando, un bienestar tranquilo, moderado, que se disfruta sin sobre-excitación del ánimo. Con la complacencia se agita dulcemente nuestra sensibilidad, como si el alma temiese perder de pronto su apacible contento. A la satisfacción, sobre no ser ménos activa que la complacencia, se mezcla un tanto de orgullo, en buen ó en mal sentido. El gusto encarece la sensación de la complacencia ó de la satisfacción, segun los casos; el placer las encarece todavia mas, y el deleite es lo sumo á que pueden llegar. Restan pequeños goces materiales, y con ellos la buena salud y una reputación sin tacha, para dar contento á espíritus honrados y modestos. Se tiene complacencia en lograr lo que mucho se apetecía ó necesitaba y en contemplar los objetos de nuestro cariño, ausentes ó presentes. Producen satisfacción los triunfos adquiridos, las dificultades vencidas, las alabanzas, aunque no se merezcan, el mando ó la autoridad á quien de ello se paga; tambien las buenas obras, pero especialmente cuando se hace gala de ellas, ó se desea por lo mismo que no las ignore el mundo. Se experimenta gusto cuando se hace un obsequio á persona que, sobre causarnos complacencia, para lo cual basta que con razon ó sin ella nos sea simpática, lo merece por sus buenas cualidades ó por servicios que nos ha hecho. El gusto, en esta acepción es una complacencia razonada. El placer nos conmueve hasta turbar nuestro reposo; el deleite, hasta rayar en delirio. Todas, ó casi todas estas voces, ya sin salir del concepto moral, que es como las hemos considerado, ya pasando al físico, tienen otras significaciones de que ahora prescindimos.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Revista de París.

El domingo de Pascua se celebró oficialmente el nacimiento del príncipe imperial con un *Te Deum* cantado en Nuestra Señora en presencia de los ministros, los almirantes, los mariscales y los principales funcionarios de los altos cuerpos del Estado. El señor arzobispo de París ocupó el trono pontifical que, á causa de la solemnidad del día, estaba tendido de seda blanca con franjas de oro, y entonó el *Te Deum*; la orquesta colocada en la galería sobre el altar mayor ejecutó la obra de Lesueur, cuya pieza final produjo un efecto brillantísimo. Así han concluido por ahora las fiestas en celebridad del nacimiento del príncipe; pero en este instante se preparan las de la paz que probablemente tendrán lugar en la semana próxima.

La Pascua nos ha traído la primavera, sin duda en compensación de los aguaceros de la Semana-Santa. París ha disfrutado de estos primeros días de sol con una avidez muy justificada en este clima ingrato. Y la buena sorpresa ha sido tanto mayor cuanto que este año la fiesta de Pascuas se ha adelantado extraordinariamente. Sobre esta circunstancia un estadista parisiense ha hecho el siguiente cálculo: — El día mas bajo que puede caer la fiesta de Pascuas es el 22 de marzo y el mas alto el 25 de abril, de manera que este año la Pascua se ha encontrado muy cerca del límite inferior. Hace 152 años, en 1704, caía en la misma fecha, y hasta dentro de 372 años no caerá de nuevo en el mismo día del mes de marzo.

Como la Pascua se determina segun el cálculo de las epactas, para que caiga el 23 de marzo es preciso que este mes principie por un sábado y que la epacta sea el 23; pero como este número no se halla en la serie de las epactas que servirá para los tres siglos siguientes, resulta que esa fiesta no caerá el mismo día hasta el año 2228. Hémos, pues, advertidos; hasta dentro de tres siglos y pico no habrá unas Pascuas tan adelantadas como este año.

Va llegando la época en que París principia á cambiar de fisonomía. A los primeros rayos de sol, cuando florecen las primeras lilas, se acaban los bailes, se cierran los salones, y el París aristocrático comienza á pensar en las delicias de la vida campestre, hasta que llegado el mes de mayo abandona en masa sus hogares.

El Teatro Italiano que señala con su apertura la vuelta de la emigración parisiense, marca tambien al cerrarse que ha llegado el tiempo de los viajes. A fines de marzo se despidió de nosotros la compañía de ópera, y como de costumbre sus últimas representaciones han sido las mas brillantes de toda la temporada. Es verdad que el señor Calzado reservó para el fin todo lo mas notable. Desde la ejecución de *Don Giovanni* en que la Frezzolini alcanzó el mayor de los triunfos conseguidos este año en este teatro, se han visto los esfuerzos de la dirección por cerrar la época teatral con funciones escogidas.

El año ha sido de prueba para el señor Calzado. Sin pararse en las exigencias de ciertos artistas de renombre quiso presentarles en la escena de sus antiguos triunfos reservándoles lo principal del repertorio, pero el resultado, preciso es decirlo, no correspondió á las esperanzas. Es una lección para el año próximo que sin duda no olvidará el señor Calzado. No porque una artista se llame Giulia Grisi y haya sido rival de la Malibran y de la Sontag puede ser admitida por una empresa á costa de grandes sacrificios, si ya en un triste período de su vida artística el público no encuentra en ella nada de lo que en otro tiempo causó su admiración y su entusiasmo. De Mario puede decirse lo mismo, sobre todo cuando en vez de atenerse á las óperas de fácil ejecución como el *Barbero* toma parte en otras como *Il Trovatore* donde sus fuerzas no le alcanzan.

Y esto que decimos sobre los artistas envejecidos ya y que no conservan de sus buenos tiempos mas que las pretensiones exageradas, es aplicable tambien al repertorio de ese teatro. Las obras de Rossini, de Bellini y de Donizetti se oyen siempre con gusto en París, pero por un corto número de aficionados; la mayoría pide cosas nuevas, Verdi, ese maestro famoso en el mundo todo y apenas conocido en esta gran capital de las artes. Las repetidas representaciones de *Il Trovatore* lo prueban claramente. En vano los admiradores de la antigua escuela italiana se rebelan contra este compositor; el público le acepta, le admira, le aplaude con delirio. Tres ó cuatro de las últimas óperas de Verdi podrían llevar en París el peso principal de toda una temporada, y es casi seguro que la empresa que acertara á ponerlas en escena no contaría grandes pérdidas al fin del año. *Rigoletto*, *Attila*, la *Traviata*, partituras cuya existencia se ignora totalmente en París, hé ahí un programa sobresaliente, seductor para el público, lucrativo para la compañía. A nuestro juicio es tiempo ya de que el Teatro Italiano salga de su antigua rutina y busque su apoyo no en unas cuantas docenas de privilegiados de la fortuna que van á él porque siempre ha sido moda, sino en la masa general, como hacen los demás teatros parisienses.

Un artista de un mérito extraordinario se ha dado á conocer al fin de la temporada: queremos hablar del señor Bottessini, director de la orquesta y maestro compositor, que después de haber hecho representar su ópera nueva en cuatro actos *L'Assedio di Firenze*, que ha merecido bastantes elogios de la prensa, salió á las tablas y alcanzó como instrumentista un triunfo, ó mejor dicho, una ovación de esas que reserva París á los grandes talentos. Es verdad que Bottessini en el manejo del contrabajo es una maravilla; en sus manos ese instrumento ingrato se transforma, y él solo podría suplir todos los instrumentos de cuerda de una orquesta. Bottessini como concertista tiene una fortuna entre los dedos.

Aunque concluida la temporada lírica, el Teatro Italiano prolongará su existencia hasta mayo próximo con la Ristori y su compañía de verso. Ya esta famosa actriz ha representado varias de las piezas que tanto llamaron la atención en el año último y que no han sido ménos aplaudidas en este; ahora se espera con impaciencia la *Medea* de M. Legouvé, traducida al italiano, y *Phédre*, que es una de las principales de Rachel; entonces la comparación entre las dos célebres trágicas de nuestros días provocará episodios interesantes, pues el fanatismo de sus partidarios sigue en aumento.

Ya que hoy estamos de teatros, vamos á llamar la atención del lector sobre un personaje estrambótico que ha suministrado á MM. T. Barriere y Faucély materia divertida para una excelente pieza que se representa actualmente en el teatro del Vaudeville. La comedia tiene el nombre del héroe, *Calino*. Calino es uno de esos seres misteriosos, y sin embargo, populares de una época en que las individualidades escasean. Fué el hazme-reir de los artistas y sus

dichos, sus acciones, todos los accidentes de su vida ridículamente célebre, circularon en su tiempo en Paris como cosas estupendas. Calino era ignorante hasta el último extremo y embustero como nadie: pero á imitación de todos los mentirosos que no saben absolutamente nada pretendiendo saberlo todo: se inventaba delante de él un juego desconocido, una lengua incoherente, al punto jugaba ese juego y hablaba esa lengua.

Pero el mejor modo de darle á conocer es trasladar aquí las mas selectas de las simplezas que le dieron fama: las extractamos de una biografía anecdótica de este personaje, publicada por un periódico literario:

— ¿Qué tontos son, decía Calino, los que dan una carta á un mozo para que la entregue! ¿Se figuran que la lleva, y no la lleva nunca! Yo para estar bien seguro voy siempre con el mozo.

— Me he mudado á la calle J.-J. Rousseau para estar cerca del correo; así no pagaré mas portes de cartas; ¿qué les cuesta atravesar la calle para traérmelas?

— Una vez le proponían un buen casamiento. — ¿Qué diablo quieres que me case con esa mujer, decía, si tiene el doble de mi edad?

— ¿Y qué te importa eso?

— Muchísimo; figúrate que cuando yo tenga cien años, ella tendrá doscientos.

— Calino paseándose en el Museo leyó lo siguiente: — «D... pintor que nació sin brazos.»

— ¿Y qué importa, exclamó, si tenía manos?

— Calino alquilando cuartos:

— Caballero, los tenemos de todos precios; á diez, quince y veinticinco frs. Vea Vd., este cuarto es bonito, muy claro, colgaduras, mesa de noche...

— ¿Y esto?

— Es una paleta.

— ¿Y aquí que hay?

— Yeso mezclado con vidrio.

— ¿Para qué?

— Es muy cómodo: la casa está infestada de ratas; en cuanto vea Vd. una corre Vd. á la paleta y tapa el agujero con una pellada. En los cuartos á 15 francos le comerán á Vd. las narices, pero para eso damos una careta de vidrio.

— A mí me gusta mas la luna que el sol: el sol de nada sirve, viene cuando es de día, en vez que la luna sirve de algo, alumbrá.

— Detesto las cobardías; cuando escribo una carta anónima siempre la firmo.

— Calino mandando una compañía:

— ¡Atencion! muchachos... poneos como estabais el domingo último.

— Un día le regalaron un baston con un puño soberbio. El baston era demasiado alto para Calino y le mandó cortar por el puño.

— ¿Porqué no le has cortado por abajo? le preguntaron.

— Y Calino respondió:

— Vaya una pregunta, porque no me incomodaba por abajo sino por arriba.

— En su niñez Calino al salir de la escuela se da de golpes con un compañero que le hace sangre en la frente:

— ¿Qué tienes ahí? le pregunta su padre.

— Papá, no tengo nada.

— Sí, tienes algo.

— Comiendo muy de prisa me he mordido en la frente.

— ¡Imbecil! ¿puede nadie morderse en la frente?

— Toma, me subí en una silla.

— Calino olvida un día su paraguas en casa de un amigo, y le escribe una carta pidiéndoselo; pero en el momento le cerró su misiva, le encuentra en un rincón de su cuarto, y abriendo el papel añade estas dos líneas:

— P. D. No te incomodes en buscar mi paraguas, acabo de encontrarle.

— Despues del entierro de la célebre actriz Mlle. Mars al que asistió todo Paris, no sé quien dijo á Calino que todo el mundo había notado su ausencia. Calino contestó muy serio:

— Yo no voy mas que al entierro de los que van al mio.

— Calino estaba sentado en un café con un amigo suyo y llovía bastante fuerte para alarmar á un hombre tan cuidadoso de sus cosas como lo era Calino. Llevaba un sombrero nuevo y no tenía paraguas, sin embargo, era hora de retirarse y á cada instante llovía mas fuerte. El amigo que también se quería marchar, le daba broma por sus escrúpulos con respecto al sombrero.

— Quisiera verte en mi lugar, decía Calino; un sombrero de seda que acaba de salir de la tienda.

— Pues mira, le dijo su amigo, hagamos una cosa; tenemos la misma cabeza, yo llevo un sombrero viejo que no le hace nada que se moje, póntele y nos vamos.

— Calino aprovecha la ocasión, coge el sombrero, se le pone y sale con su amigo que llevaba el nuevo. Lleva á cántaros, el amigo se quejaba, pero Calino le respondió riendo:

— Poco me importa á mí, yo llevo tu sombrero.

— Este era el individuo: con tales elementos no hay para que añadir ahora que la pieza de MM. Barriere y Fauchery es un tejido de agudezas, que se aplaude todas las noches estrepitosamente.

MARIANO URRABIETA.

La Emperatriz del Brasil.

I.

Son los monarcas de la tierra poco conocidos, porque no es dable acercarse á ellos familiarmente, y hé aquí porque no se les aprecia en su justo valor, á no ser que se barruntan sus cualidades por entre el reflejo moral de sus virtudes. Hay algunos que tienen la ventura de alumbrar, — como el sol, — hasta las chozas mas olvidadas; aunque su encimada altura les aleje del mundo de los pequeños. De este brillante número es S. M. la Emperatriz del Brasil.

Espinosa sobre todo decir es la misión del que emprende delinear los contornos de esos grandes modelos de las naciones; porque la fiel copia de sus perfecciones es reputada por el vulgo como una exageración interesada de parte del artista, y los celajes que rodean el busto se traducen por nubes de incienso que quema el pintor junto á su cuadro para oscurecer entre perfumes las imperfecciones de su creación. Hacer justicia á los originales es exponer á los retratos á cien y una observaciones de parte del pueblo que les examina, el cual se cree conocedor, aunque proceda en sus juicios como el crítico del cuadro de Apéles; no obstante el que estas líneas escribe no tributó jamás aromas sino á Dios, á los hombres les hizo siempre justicia.

Nació S. M. I., la señora doña Teresa Cristina María de Borbon, en Nápoles el 14 de marzo de 1822; de suerte que cumple este mes 34 años de edad. Casóse por poderes con S. M. el señor D. Pedro II, emperador del Brasil, el 30 de mayo de 1843, siendo el príncipe de 17 años y 5 meses y la princesa de 21, y recibieron las bendiciones nupciales el 4 de setiembre del mismo.

De mediana estatura, mas bien llena de carnes, es S. M. sino de una belleza académica, á lo ménos simpática sobre todo decir. La rama de los Borbones de Nápoles muestra mas pronunciadamente en casi todas sus princesas el sello de su tronco galo que la de España: á ello debe atribuirse el que S. M. doña Teresa sea rubia, de ojos azules como la mar y el cielo napolitano, y que tenga ese pálido mate que une á lo aristocrático del cutis lo delicado de sus morbidos visos. Los que han tenido la dicha de besar sus blancas manos habrán echado de ver que nada tienen que envidiar á las torneadas formas que imprimió el cincel de Miguel Angel en las de su severa y deliciosa *Justicia*, que yacé recostada en un sepulcro del *Sancta Sanctorum* del Vaticano.

Sin ser igual á la Serenísima señora doña Amalia, esposa del infante D. Sebastian, ni tener el talante de maítroa de doña María Cristina, cuando frisaba en los 34 años de su edad, es doña Teresa un reflejo de la primera y mucho se acerca á la atracción simpática de la segunda. No sabe el observador que admirar mas en su augusta persona, si la naturalidad sencilla del verdadero noble de prosapia, ó la bondad angélica de su talante y modales. Reina en su conjunto imperial un concierto tan simpático que cautiva con emociones de respeto y santa franqueza; aunque pone á distancia con la misma veneración que uno siente por las cosas privilegiadas. En el rostro bondadoso de la augusta señora hay un brillo que es la expresión característica de su amabilidad.

II.

Para trazar á grandes pinceladas su bello retrato moral quisiéramos poseer la maestría de Fuselli, el pintor de la Eva de la Academia de Lóndres. Para colorear á la mujer moral es preciso tener ingenio delicado y pinceles meloncillos que pinten sin marcar su huella sobre el lienzo ó el marfil: ninguna de ambas cosas poseemos; empero el Brasil entero y todos los extranjeros que á S. M. han visto, proclaman á voz en grito que es la madre de los pobres, la protectora de los desvalidos, el sosten de los débiles, el consuelo de los aquejados, y estas son pinceladas que suplen con su maestría nuestra impericia.

Cuando la existencia de un menguado es aciaga y negra, allí está la magnánima bondad de su augusta corazón dando calor de vida al desanimado. ¡Cuántas familias pobres no la reciben, sin ver la luz, que les indica que no falta jamás el influjo de su presencia! Pudiéramos citar mil ejemplos por donde la buena señora alivia penas, solaza dolores, endulza amarguras, ilumina tinieblas, seca lágrimas y beneficia mezquinas existencias; pero la virtud es modesta, y el entusiasmo de-

be ser circunspecto; no obstante no nos dejará sin eco el Brasil entero. ¿Qué mucho que la augusta princesa sea tan querida si su nombre simboliza la virtud? S. M. es emperatriz para hacer bien, es grande para hacer larguezas, es virtuosa para ser modesta, es simpática de físico para ser adorable de espíritu. La modestia es su mejor amiga, y esta virtud en los monarcas tiene una corona en el cielo, y las bendiciones de los desgraciados en la tierra; pero carece del oropel ostentoso de la palabrería. Tanto mejor para los que hacen el bien, y para los que le reciben; pues aquellos tienen la satisfacción santa de solazar á los afligidos sin humillar su dignidad de hombres, y estos les bendicen sin bajar los ojos ante los bienhechores.

S. M. no tiene mas ingerencia en los negocios públicos que abogar por los pobres con su bolsillo particular, y nótese que su dotación no llega á un millón de reales al año. Si todas las reinas esposas lo hicieran así, en vez de vasallos malcontentos tendrían hijos agradecidos.

Asiste S. M. doña Teresa en compañía del Emperador á muchos actos literarios, visita las instituciones piadosas, es protectora de todos los establecimientos de huérfanos, de expósitos, de niños desvalidos, les inspecciona personalmente y deja, al pasar, el consuelo de su presencia, y las huellas de su munificencia y filantropía. Así conoce lo que sufre el pueblo; porque no viéndole, es imposible rastrear sus penurias: por eso es tan compasiva. Recibe en su palacio á todo el que desea tener la honra de besarle la mano, — como su augusto esposo, — sin mas preliminares para alcanzar este favor que pedirle permiso para ello en el mismo acto.

Los monarcas del Brasil, — aunque rodeados del esplendor de su alta alcurnia, — son patriarcales, ilustrados, queridos, acatados y hasta amados con delirio y entusiasmo, á fuerza de amabilidad, sencillez, beneficencia, ilustración y virtudes. Un pueblo que tiene tamaños príncipes no puede ménos de ser feliz y amante de lo bello y virtuoso.

III.

La esposa es la diadema del esposo: S. M. doña Teresa hace brillar la de su augusto consorte con pedrería inmortal, — con sus luminosas virtudes. Su amor por el Emperador es hasta ingenioso; puesto que busca con anhelo las obras mas raras y de mayor merecimiento que existen para ofrecérselas como prendas de su amistad. ¡Qué hermoso es ver á una reina contribuyendo á la gloria de un rey hasta con dádivas de inteligencia!

La madre es el espejo de sus hijas: las princesas han de ver, — aunque ahora son muy niñas, — en su virtuosa madre un diamante sin nubecilla. Viste con sencillez y sus augustas hijas parecen mas bien hijas de particulares por sus trajes que princesas. Si un extranjero topare con ellas en sus paseos matinales, no podría decir, al contemplarlas mas que estas palabras: « ¡qué aire tan distinguido tienen esas bellas niñas! » La princesa imperial doña Isabel tiene el aire de la familia de su augusta madre; doña Leopoldina se parece mucho á S. M. el Emperador. Ambas son muy inteligentes, y su educación forma el norte de la imperial madre.

La mujer es el iris en la tormenta del mundo: la Emperatriz del Brasil será siempre el símbolo de paz en las vastas comarcas del imperio.

La reina es el dechado indirecto del pueblo, y el blanco directo de sus miradas: S. M. es el modelo de las madres, esposas y mujeres todas de su suelo. Lo que está muy elevado se distingue de lejos sin que haya necesidad de noticiarlo al transeunte: S. M. está encumbrada en la cúspide de la virtud y la ve el mundo entero; por ello no necesita de alabanzas. Cuando se lea este pequeño bosquejo no se crea en lo chico de nuestros contornos, barrúntese por lo lejano lo encumbrado del original.

ADADUS CALPE.

Expedición á la Indo-China.

Hé aquí nuevos dibujos sobre la expedición á la Indo-China de que ya hemos hablado á nuestros lectores; su autor M. Auché los acompaña de las siguientes líneas de explicación fechadas en Macao (China) el 11 de diciembre de 1855.

Al abandonar Schang-hai, la división francesa al mando del almirante Guerin se dirigió á Nafa Kiang, puerto de la capital de las islas Liu-tchu. Si Basil Hall Bouchey y aun el célebre Dumont de Urville, dan una idea enteramente errónea de ese pueblo, que ellos han descrito y representado como una cosa aparte, hospitalario, generoso, cortés, con todas las virtudes de la civilización mas avanzada sin ninguno de sus vicios, con todas las virtudes de los *hombres de la naturaleza*, de los filósofos del siglo XVIII, sin ninguno de sus defectos. ¡Ah! los sabios se han equivocado, lo cual no es extraño; sus sueños han desaparecido ante la realidad, y los habitantes de Liu-tchu mejor conocidos y apreciados han perdido ese prestigio de inocencia de que los habían revestido las narraciones de los ilustres viajeros ya indicados. En efecto, si alguna vez hubo un despotismo sólidamente establecido por una aristocracia altanera; si ha habido un pueblo desgraciado, seguramente lo es Liu-tchu, en esta segunda isla de Tinian. Me falta tiempo para poder dar extensos detalles; pero

se me puede creer bajo mi palabra; que a buen seguro no somos nosotros los que primero hemos levantado el velo de hipocresía con que en otros tiempos cubría su rostro el gobierno del Archipiélago.

A pesar de los recelos de los mandarines, y de sumala voluntad siempre cubierta con la máscara de la urbanidad, después de un sinnúmero de largas conferencias, el almirante Guerin acaba de firmar con el reino de Liu-tchu un tratado que es un gran paso hácia la destrucción de esas viejas barreras que las sociedades del Oriente han puesto entre ellas y los europeos. Si los comerciantes de nuestro país no tratan de sacar partido de las ventajas que les ofrece, al menos, escudando con el nombre de la Francia á los valientes misioneros para quienes Liu-tchu es solo un descanso para el Japon, este



Expedición francesa á la Indo-China. — Puerta del palacio real en Chui.

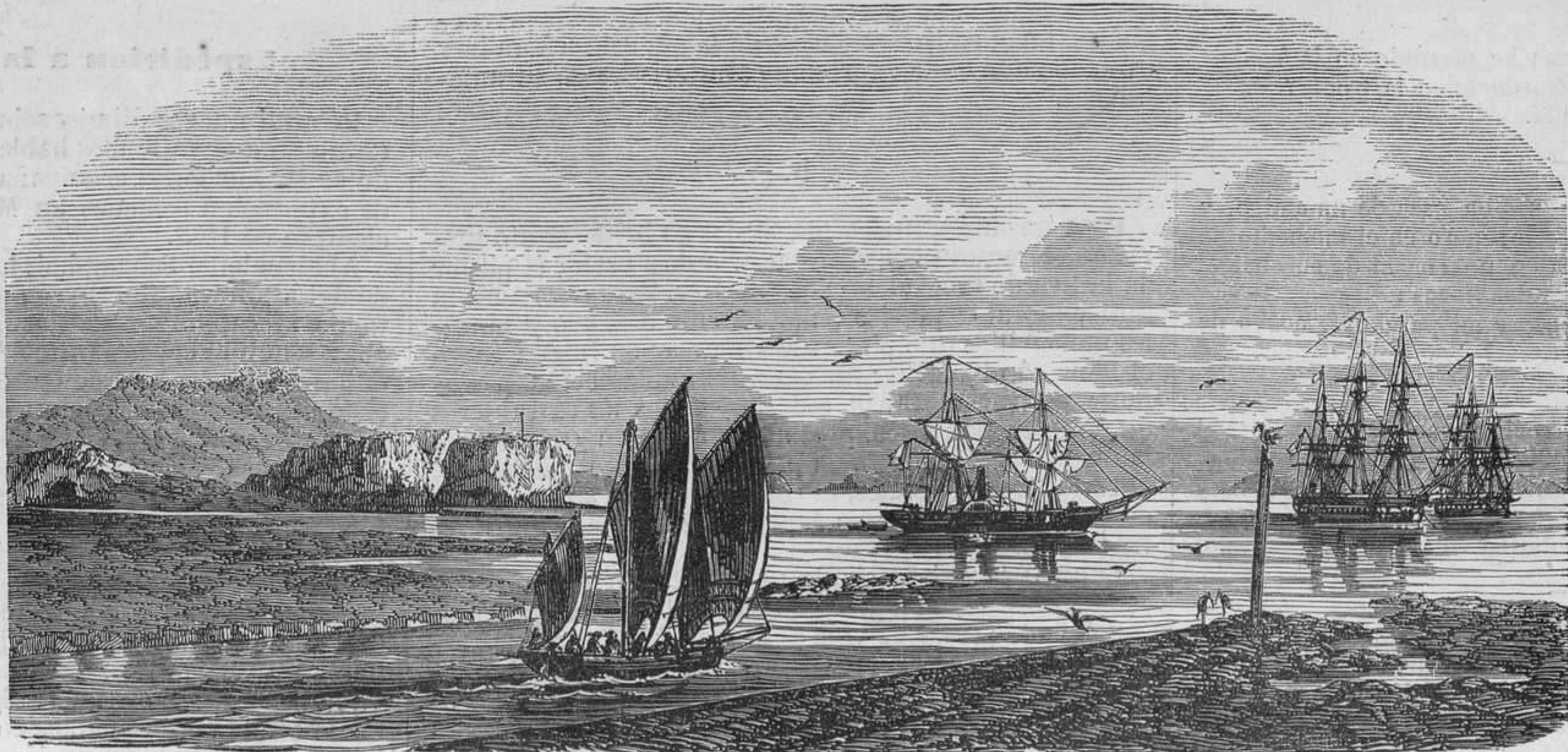
tratado continúa la acción civilizadora y la influencia pacífica de nuestra patria en estas lejanas comarcas. Hé aquí los pormenores sobre esas islas:

No obstante las protestas de las córtés interesadas de Yedo y de Pekin, el reino de Liu-tchu depende de los dos poderosos imperio entre los cuales está situado. La influencia japonesa es la que domina, si bien mas disimulada que la de la China, cuyo embajador reside en Chui, capital del reino. El rey, fantasma evocado por la aristocracia para justificar su despotismo, embrutecido por los placeres sensuales, vive encerrado en el fuerte que domina la capital, cuyas triples puertas no se abren jamás. Un consejo de gobierno compuesto de los jefes de las primeras familias de Liu-tchu, arregla todos los negocios bajo la dirección de un procónsul japonés cuya encubier-



Desembarco del almirante Guerin en Tumhai.

ta existencia se hizo evidente á nuestros ojos de una manera incontestable. En cuanto á los hombres del pueblo, verdaderos ilotas dependientes de los dominios de los grandes señores cuyas tierras cultivan, mezclados y confundidos con las bestias de carga que los ayudan en sus faenas, envilecidos esclavos que tiemblan delante del último de los mandarines, son el ejemplo mas triste de ese estado de abyección que el despotismo oriental tiene reservado para las razas inferiores. Los tres pueblos de Tumai, Nafa y Kuninda for-

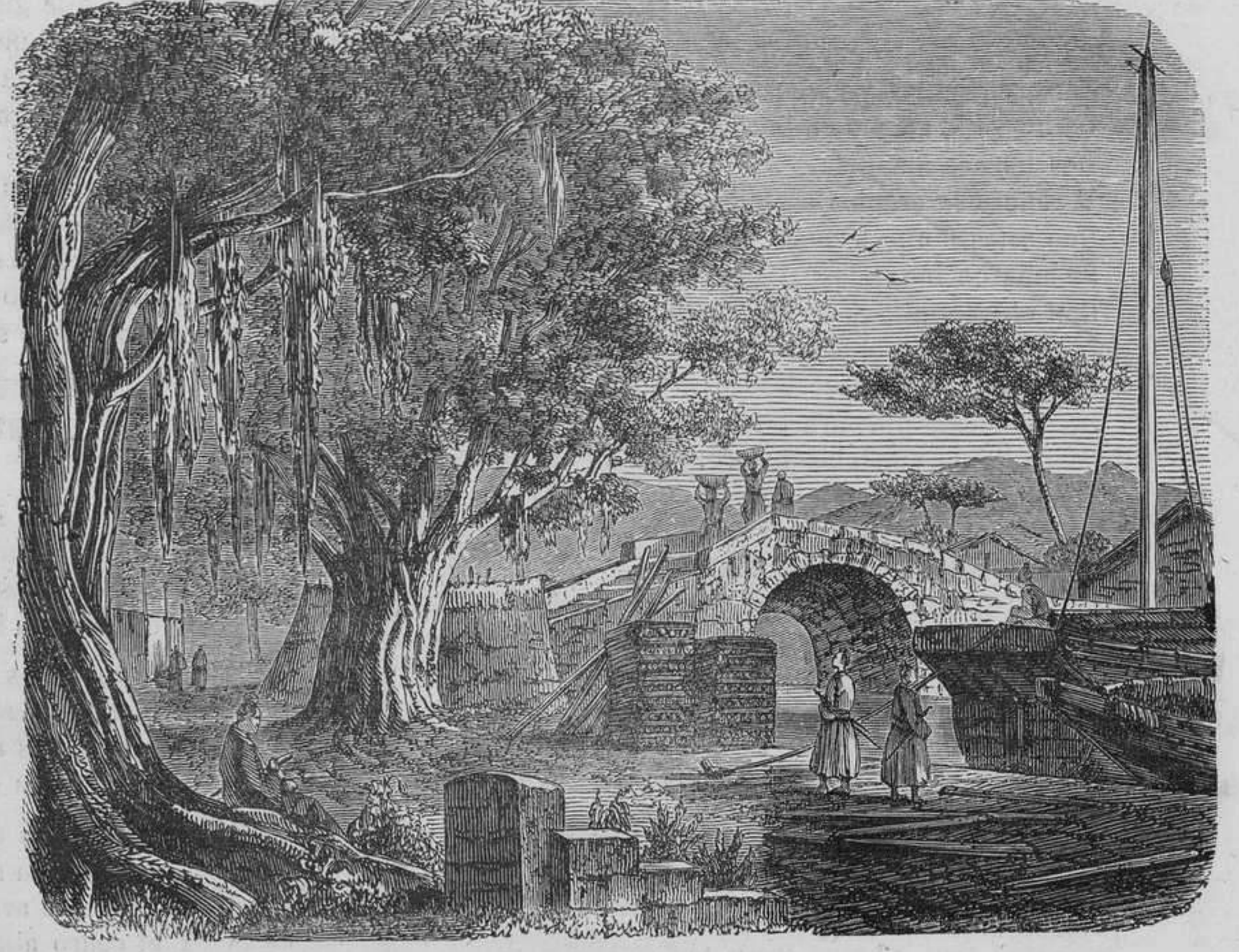


Rada y puerto de Tumhai.

man los arrabales y los puertos de la capital. Estos y Chui, son los únicos grandes centros populosos del Archipiélago, y los únicos puntos donde se encuentra la actividad comercial que en otro tiempo animaban las relaciones de estas islas con la China y el Japon. Esta actividad contrasta singularmente con el silencio sepulcral que reina en los barrios aristócratas de Chui, cuyas casas, rodeadas de elevadas murallas de piedra artísticamente colocadas, se asemejan á los muros de una ciudad abandonada. De trecho en trecho una plaza con gran-



Puerto de Tumbai.



Plaza del puerto comercial de Tumbai.

ues arboles, una pagoda con sus techos caprichosamente recortados y sus grotescas estatuas de Budha, interrumpen únicamente la monotonía de un paseo por entre de sus calles.

Si Liu-tchu estuviese á igual distancia de la China y del Japon, tal vez llegaría á ser un día el depósito del comercio europeo con el último de estos imperios. La rada de Nafa, el puerto de Hun-ting, podrían convertirse en manos de una nacion europea, en puertos magníficos, porque la naturaleza ha hecho por ellos cuanto podía depender de ella. Pero á pesar de las concesiones hechas á los americanos, ¿transigirá hasta este punto la recelosa susceptibilidad del Japon? Al leer el tratado concluido últimamente con otra nacion, se creará con fundamento que semejante cambio no

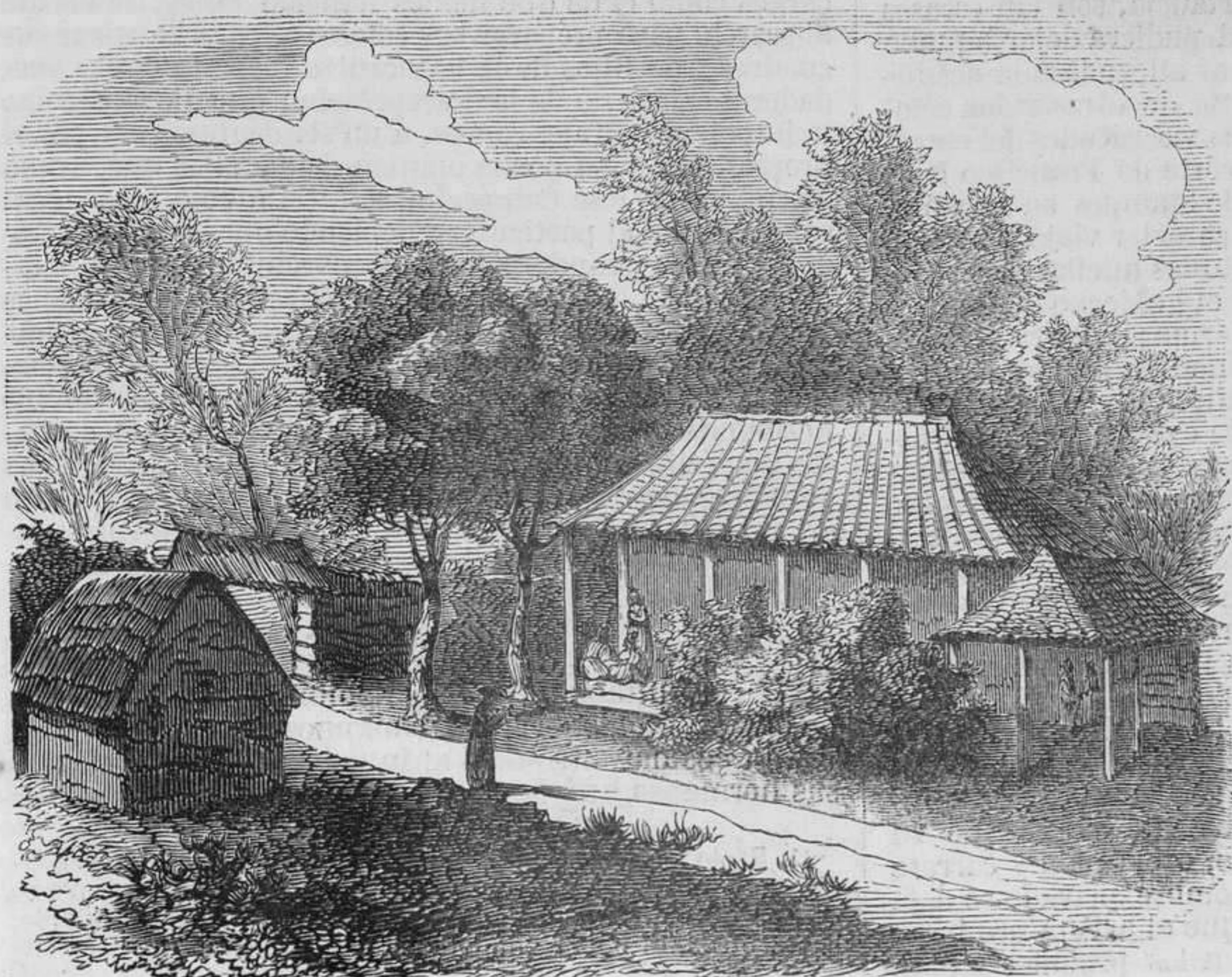


Habitantes de Liu-tchu.

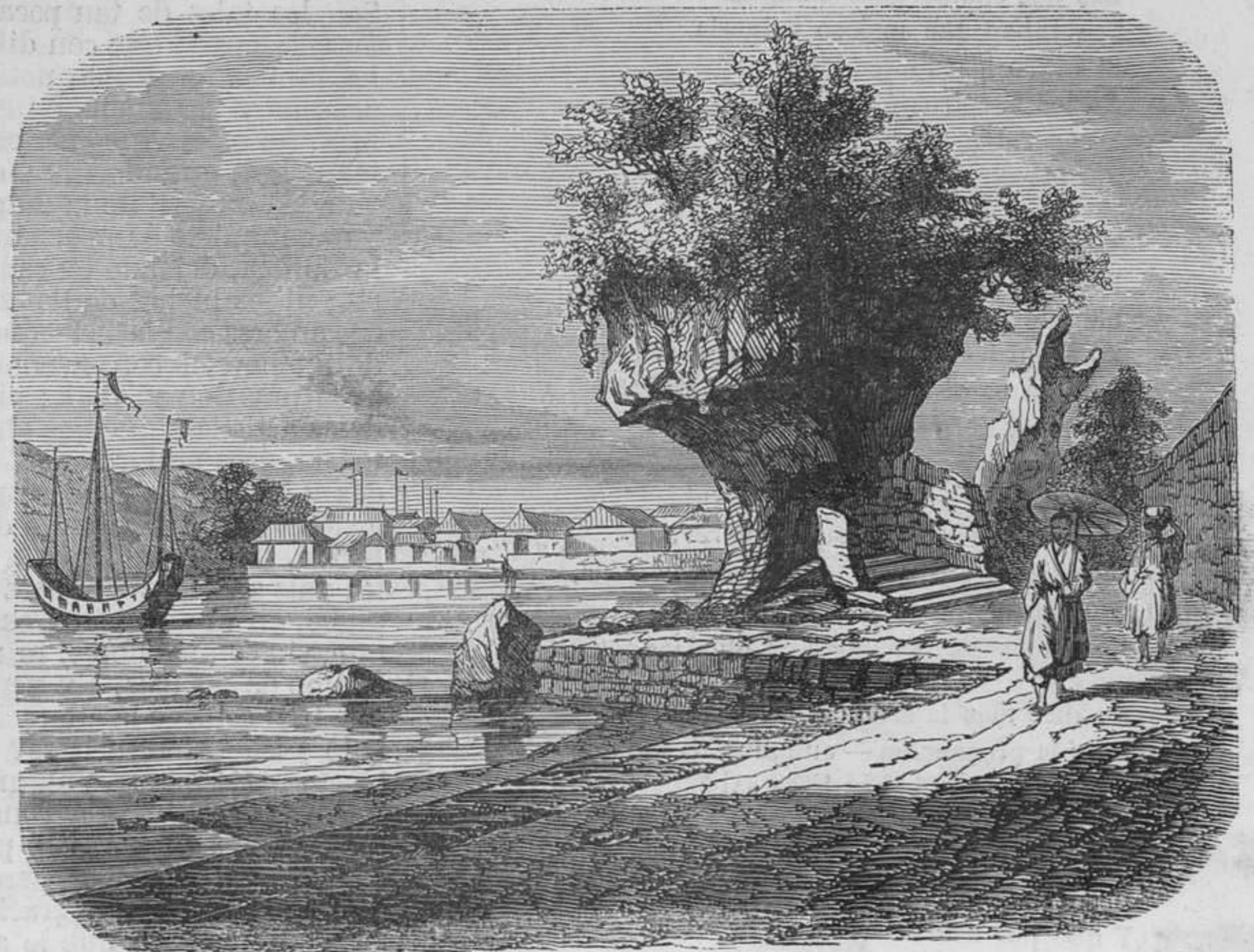
tendrá efecto sino en una época bastante ejana. Como quiera que sea, si los países occidentales de la Europa no se cuidan de establecer de una manera sólida su influencia en el Japon, es de temer que perseverando la Rusia en mantenerse en sus posesiones del Amor y del Segalien, no dirija sus miras á la conquista de un imperio que la proporcionaria los puntos de apoyo que la faltan en las regiones templadas del mundo.

Los últimos reconocimientos que han practicado los ingleses en la bahía de Castries, han dado por resultado el descubrimiento de establecimientos rusos en este punto que protegerá un ejército de 5 á 6,000 hombres. Este número es sin duda exagerado, pero no puede creerse totalmente falso.

A.



La mision católica en Tumbai.



Puerto de Napa.

LAS DOS AMAPOLAS.

Nacieron juntas y vivieron solas
De un valle ameno en la apartada orilla
Dos tiernas amapolas.
Y refiere la crónica sencilla,
Que estas flores lozanas
Se amaron inocentes
Con el tranquilo amor de dos hermanas.
Dióles benigno el cielo
De belleza gentil rico tesoro;
De reluciente púrpura las hojas,
Negro boton y pétalos de oro,
Virginal inocencia,
De pudoroso afán tiernas congojas.
Digeros tallos y amorosa esencia.

Las brisas del estío
Al despuntar el alba,
Coronaban sus frentes de rocío.
Solicita la malva
Era á sus piés inimitable alfombra;
Y con amante empeño,
Al disipar la sombra
De la niebla importuna,
Velaba inquieta su apacible sueño
La blanca luz de la naciente luna.

La crónica un momento
Deteniéndose en serias reflexiones,
Explica el sentimiento
Con que estrecha el amor dos corazones;
Y luego haciendo punto,
Porque al lector discreto no fatigue
Lo grave del asunto,
Así la fácil narración prosigue.

Una mañana el cefirillo blando
Sediento del amor de la hermosura,
Se detuvo mirando
Aquel tesoro de inocencia pura;
Y dócil resbalando
Con afán indeciso
Entre sus hojas bellas,
Enamorarlas quiso,
Como él estaba enamorado de ellas.

Y sucedió, que al amoroso aliento
Con que el céfiro vago las mecía
Se inclinaron con débil movimiento
Por placer, por pudor, por cortesía;
Y él impaciente en tanto,
Viendo en sus ricas galas
Del virginal amor el dulce encanto,
La ciñe con sus alas;
Y al deshacerse en inconstante giro,
Estampa en cada flor ardiente beso,
Les arranca un suspiro
Y huye veloz por el ramaje espeso.

Y cuando triste y de misterios llena,
De su pompa fugaz haciendo alarde,
Apacible y serena
Su manto de vapor tendió la tarde;
Abrazadas y solas,
Compartiendo su pena
Las dos enamoradas amapolas,
Esperaban que ansioso volvería
El céfiro lozano
En los suspiros últimos del día...
Y esperaban en vano;
Porque el céfiro ingrato no volvía.

Y en su amante impaciencia,
Por sí á sentirla el cefirillo alcanza,
Llenaron el ambiente con su esencia,
En el postrero afán de su esperanza.
Y como es el amor dulce alimento
Del alma tierna para amar nacida,
Y la esperanza aliento
Que si llega á faltar, falta la vida;
Al derramar el alba sus fulgores,
De oriente abriendo las rosadas puertas,
Vió con hondo pesar entrambas flores
Coronadas de lágrimas... y muertas.

No dice mas la crónica, mas cabe
Aquí la presunción — aunque salvando
Que con seguridad nada se sabe
Y solo se presume —
Que en ansia triste el cefirillo blando
Desde entonces se agita y se consume;
Y que por eso vaga
En perpetua inquietud, y ansioso llena
De lágrimas la flor á quien halaga;

Que por templar su pena
Continuamente gira,
Y mas crece el pesar que lo devora;
Que por eso en las márgenes suspira,
En las tendidas ramas se estremece,
Y en las espumas de la fuente llora:
Que su dolor mas crece
En el monte, en la vega,
En la flor que en su seno lo recibe;
Y que á tal punto su tormento llega,
Que eternamente sollozando vive.

NO ME OLVIDES.

Hay una flor hermosa,
No tanto como Circe,
Casta como las flores,
Y como casta humilde.

Su esencia es dulce y mansa,
Su tallo manso y triste;
Son ayes sus suspiros,
Misterioso su origen.

Cuídala con esmero,
Y afanosos la sirven,
El inocente arroyo
Y el céfiro apacible.

Suplica quien la nombra,
Quien ama la bendice,
Y espera quien con ella
La blanca frente ciñe.

En ausencias penosas
De amantes infelices,
Lleva el dulce mensaje
De lo que el alma dice.

La guarda la doncella
Que enamorada vive;
Fecúndala inocente
Su corazón de virgen;

Porque la flor es todo
Lo que su amor exige,
Lo que su afán desea,
Lo que sus sueños fingen.

En la pasión primera,
Dulcísima y sublime
Muestra sus mansas hojas,
Y oculta sus raíces.

Es un recuerdo hermoso,
Es, ay, un imposible;
Es esperanza bella,
Es inquietud que aflige.

Esta flor misteriosa
Se llama: « No me olvides. »

José SELGAS Y CARRASCO.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JOSÉ CAMPECHE, PINTOR PUERTO-RIQUEÑO.

(Conclusion.)

Pero volvamos á la relacion material de los sucesos. Son los tales de tan poca importancia, son tan escasos los accidentes, que con dificultad pudiera dejar aquella los límites de simple noticia, mas allegada á la desnudez que á lo ameno é interesante de otras vidas célebres. No hallaríamos por cierto las vicisitudes del escultor Celini, que mortifica en la corte de Francisco I^o la vanidad mujerial de la duquesa de Stampes su favorita, y que inquieto é impaciente por carácter viaja y recorre la Europa, dejando en cada punto las huellas de su gloria; ni las luchas de Rafael con el gobierno de Roma ó sus amores con la hermosa Fornarina; ni las rivalidades de Buonarrotti con Leonardo Vinci; ni los galanteos y aventuras de Van-Deik; ni, en fin, la multitud de anécdotas artísticas que nos ofrecen la existencia y el carácter de otros pintores. — Y ¿qué otra cosa que la desnudez y lo incoloro pudiera prestarnos la vida del hombre apacible, feliz en el seno de la familia, artista sin ambición, habitante desde la infancia hasta la muerte de un país apartado entonces del movimiento político del globo, en una sociedad casi patriarcal? ¿De un artista que, sin competidores, ni rivales inmediatos, llega á lo último de sus días, sin percibir siquiera las vicisitudes que trae consigo la alteración en la hacienda ó en el estado y condicion sociales? Y si tal vez se hubieran deslizado hasta nosotros algunas de sus conversaciones íntimas, llegaríamos á conocer las alternativas de su corazón, sus angustias ó placeres, ó el orden y carrera de sus pensamientos; pero el hombre privado se deja percibir muy poco, y gracias á que el artista nos haya legado obras para que le admiren los profanos y para que puedan imitarle aquellos que lleven en su alma la vocación y los talentos. Sus costumbres eran sin em-

bargo tan puras, que han dado lugar á que alguno de los que le conocieron y cuyas canas venerables dan alto precio al testimonio, haya exclamado oportunamente: « José Campeche era hombre de ingenio, valia mucho como artista, pero valia mucho mas como hombre honrado. » Ciertamente es que su educación, un tanto monacal, influia sobremanera en sus virtudes, llevándolas tal vez hasta las preocupaciones, pero no son sin duda por tal motivo menos apreciables. Hános quedado, en efecto, el cuadro de sus costumbres en que no deja de advertirse aquel carácter, pero que dice tanto en pro del hombre, cuanto pudieran decir los pinceles en pro del buen artista.

Levantábase de madrugada, oía misa en el convento de los padres dominicos, y dirigiéndose luego á las afueras de la ciudad, permanecía algunas horas en observación de la naturaleza. De vuelta en su casa, pasaba el día encerrado en su gabinete de trabajo hasta que llegaba la tarde, comía con su familia y salía á dar otro paseo semejante al de la mañana, no sin haber jugado antes dos mesas de villar, por vía de ejercicio, para soltar sus miembros enervados por el mecanismo de la profesión. Al toque de oraciones dirigíase otra vez al convento referido en donde rezaba el rosario, volviendo por último á su casa con el objeto de amenizar una corta, selecta, y ejemplarísima reunión de personas de alguna intimidad, con sus habilidades músicas en que le ayudaban sus hermanas con el arpa y canto. Y era tal la amenidad y buena fama de estas reuniones que á pesar de la humilde condicion de Campeche y de la apacible medianía de su riqueza, no se desdaban de frecuentarlas las personas de mas viso en la ciudad. Nuestro pintor pagaba con estricta y metódica puntualidad tales visitas, en los días festivos en que por ningún concepto trabajaba; siendo para él de rigorosa observancia los preceptos de las fiestas. También solía ocupar aquella parte de los días de trabajo que le dejaban libres sus tareas obligatorias, en la enseñanza de algunos jóvenes que querían formarse en el diseño, de cuyos estudiantes quedan algunos, que bien por la falta de perseverancia ó de disposición intelectual ó por otras causas, hicieron infructuosa la enseñanza de Campeche. Sirva este argumento á disipar los rumores infundadísimos de que aquel era demasiado egoísta ó no tan buen cristiano como quería aparecerlo, puesto que se negaba á la práctica evangélica de enseñar al que no sabe. Notorios son sus esfuerzos para conseguir que sus sobrinos cultivasen la profesión, pues el amor á los suyos no vacilaba en proporcionarles todo el bien posible; pero acaso ninguno de ellos poseía el número, ni la voluntad de su tío, y sabido es que mal pueden despertar el entusiasmo del maestro, la tibieza ó la incapacidad de los alumnos. Por otra parte, Campeche tenia excesivas ocupaciones de cuyo fruto habia menester para el socorro y bienestar de su familia; las obras le eran pagadas con suma parquedad, así por no ser grandes los recursos del país, como porque, desinteresado con extremo, jamás tasaba sus obras, dejando á la estimación del parroquiano la fijación del precio y demás condiciones pecuniarias. Háblele censurado también su costumbre de encerrarse para trabajar, como sugerida por la intención poco generosa de ocultar sus procedimientos; pero tales inculpaciones son ridículas hasta el extremo, y sonlo mucho mas para quien ve tan solo en semejante reserva un celo racional y muy legítimo. El deseo de sorprender con la obra, y de evitar, con la presencia de los curiosos, los anticipados y muchas veces erróneos juicios de los que presumen sin razon de inteligentes; la modestia del artista, que persuadido de que la opinion no puede ser exacta sino en vista de la obra completa, desdénaba aquellos elogios prematuros que otros buscan con el fin de que preceda á la obra cierta nombradía, las mas veces exagerada y sin fundamento. Hé aquí motivos muy racionales con que justificar la reserva de Campeche en la ejecución de sus obras. ¿A qué atribuirle otros móviles menos generosos? Pero tanto estos cargos como el de que hemos hablado ántes, referente al secreto para preparar sus colores y para barnizar sus cuadros, son hijos de la ignorancia respecto de las verdaderas causas, ó de la desesperación que lleva consigo la impotencia. Tales cargos, á no ser contrariados por sí propios, lo serian por la opinion de aquellos que, como discípulos de José Campeche, son testimonio vivo de su conducta en el particular: debiendo quedar desvanecidos máxime cuando se trata de marchitar con tan notoria injusticia la palma cívica de Campeche. Conocida es además por algunos amigos nuestros que han sido alumnos de los sobrinos de aquel, la poca semejanza intelectual que guardaban con su tío, y la no mucha de sus hermanos Miguel é Ignacio, que influidos por el contagio doméstico se dieron también á la pintura. Dotados de escaso ingenio, contribuyen solo á realzar el mérito de su hermano José, quien ayudado de los mismos recursos y en las propias circunstancias, supo sin embargo elevarse á grande altura (1).

Habia llegado José Campeche á la edad de 50 años sin dejar el celibato; circunstancia inrealizable en quien, como él, gustaba de que su nombre se perpetuase, y que no ha dejado de suscitar algunos comentarios.

Algunos han atribuido al interés de no abandonar á sus hermanas huérfanas y pobres, tal antipatía por los

(1) Basta la simple vista para advertir la enorme diferencia que existe entre las obras respectivas. De Ignacio no ha quedado cuadro alguno, y respecto de Miguel puede verse, entre otros, el pobrísimos cuadro del Bautismo que se halla en la iglesia de los antiguos padres franciscanos. También se nos ha dicho que el presbítero Valdejuli, posee una Concepción del propio Miguel Campeche.

lazos conyugales, otros en vista de sus costumbres, un tanto ascéticas, han juzgado su conducta respecto del particular como nacida de algún voto religioso, y otros por último, han dado otra causa al perpetuo y tenaz celibato de su vida: un amor malogrado. Nosotros que no tenemos la mas ligera revelación de este misterio por boca del pintor, optaremos por la razón que entre todas las que se ofrecen nos brinde con la mayor probabilidad. Alta idea tenemos del carácter de nuestro pintor. Su talento, lo afectuoso de su alma, su inclinación á lo doméstico, el deseo de perpetuar su nombre, y hasta su misma religiosidad debían ser móviles poderosos á llevarle á tal estado. ¿Sería pues suficiente á balancear tales impulsos la horfandad de sus hermanas? Juzgamos que no, puesto que aquellas contaban medios en sus labores femeniles para ayudarse, y por otra parte el pintor infatigable en sus tareas, ganaba lo suficiente para atender á la nueva familia sin desatender á la antigua. ¿Sería pues el imaginado voto? Tampoco nos satisface completamente porque tal hubiera sido una virtud ajena de su estado, suponiéndole nosotros con bastante juicio para privarse sin causa justificada de vínculos amables y obligatorios en su carácter de buen ciudadano. Réstanos pues la última de las causas apuntadas; y en verdad que ya por las vehementísimas sospechas de algunos que le trataron, ya porque ha llegado á nuestro oído, en mas de una ocasión, el susurro de tal misterio, ya porque hallamos semejante razón muy verosímil en su carácter, no vacilamos en exponerla, añadiendo modestamente que la juzgamos la mas poderosa con relación á las anteriores, en la vía de enervar y aun destruir las inclinaciones matrimoniales del pintor, por mas que este queriendo guardarla en el silencio, diese á su conducta la explicación mas razonable en apariencia: la de la horfandad de sus hermanas. Cuéntase que apasionado desde sus primeros años de una joven de las familias principales del país, algunas preocupaciones y otros obstáculos que aquellas sugieren, habían contrariado su inclinación, por lo que guardando en su alma aquel afecto y convirtiéndolo en un ídolo sagrado, no consintió jamás en que otro amor de la tierra profanase un altar, en que quemaba el incienso de su llanto y esperanzas. Si fué así, ¿qué raro ejemplo de firmeza y de constancia! ¿Digna figura, que no sabemos si llamar desgraciada ó envidiable! ¿Rasgo verosímil en él como fuera extraño en los demás hombres! Hé aquí explicado su retraimiento respecto del particular, hé aquí explicada tambien aquella fama de pureza que le abrió la entrada por una no vista excepción, en la morada de la religion y las virtudes (1). De todos modos; cuán enérgica y hermosa es la fisonomía moral de José Campeche!

Terminemos pues la relación de su persona y sus costumbres. Era el pintor de buena estatura, un tanto delgado y ágil de miembros, de color sonrosado al par que triguño, lazo el cabello y pardos los ojos. Afable á la vez que serio y formal en su trato, de maneras excelentes, sobrio en sus comidas, enemigo de los licores y muy afecto á todo lo que fuese honesto y agradable. — Vestía, en lo ordinario, calzon corto de hilo, medias largas, charreteras de oro al calzon á usanza de la época, zapatos con hebillas de plata y cañas de oro, corbata blanca ó negra, chaleco, chupa, y sombrero de aquel color, tendido este último; en algunos días capa ó sobretudo color de pasas que llamaban *carro de oro*; y por lo que respecta á los días clásicos, casaca de paño negro y sombrero apuntado.

Réstanos hablar aunque con brevedad de aquellas de sus obras que conocemos, entre las muchas que nos legaron sus pinceles, y que en su mayor parte residen con grande estimación, en las antillas, España, Venezuela, y otros muchos puntos del extranjero (2) y nada importa que carezcan de la data y nombre del pintor, puesto que son tan conocidas sus maneras, que aun los ojos mas profanos designarian sus obras entre otras muchas, una vez vista cualquiera de ellas; en cuanto á las mejores que conocemos, se cuentan el San Juan Bautista á que nos hemos referido; un San Miguel en lucha con el espíritu de las tinieblas, de bella composición y excelente colorido, última manera del pintor, que posee la familia de Peraza; el retrato de D. Ramon de Castro que hemos citado ya; la galería de retratos de algunos obispos de esta isla, que existe en el palacio episcopal; la Virgen de las Mercedes que se venera en nuestra iglesia de Santa Ana, cuyo mérito y belleza son tan conocidos de la generalidad; una Virgen del Rosario que posee D. Cayetano Oller; un San José de D. José Vizcarrondo; un cuadro de ánimas, última manera, que se encuentra en el convento de PP. PP. de esta ciudad, cuyo original se halla en poder de D. Vicente Sanjurjo; el sitio de esta plaza por los ingleses en 1797 y en cuya defensa se halló Campeche, que se conserva original en el propio convento de Santo Domingo, capilla de Belén; un San Estéban de bella expresión que posee con grande estima el licenciado D. Miguel de Cotto (3); los retratos

de los reyes Carlos IV, María Luisa y Fernando VII ejecutados casi de oídas con el objeto de colocarlos en la real fortaleza y casa consistorial; una Sacra Familia y una Dolorosa que no hemos visto, pero que se encuentran en poder de la familia de Sanjust; el retrato de D. Francisco Oller, el de su hijo D. Bernardo y un Descendimiento que se encuentran en manos de la sucesión del primero. Un San Sebastian, última manera, que tiene doña Simona Peralta; una Virgen del Carmen de la familia de Moreno, con un cuadro en que se representa la profesion monacal de una joven de aquella casa y un retrato de la misma, retrato de D. Manuel Andino pintado al óleo en una planchuela de cobre del tamaño de una peseta; retratos de familia de Pasalagua y Deluque; un San Felipe Benicio que posee D. Martin Travieso (1786) y en el cual se representa la vision que tuvo el Santo Trinitario; esta obra es una de las mas notables de nuestro pintor, pues tiene un colorido precioso con todos los rasgos de su última y mas excelente manera; un San Felipe Neri que se halla en poder del señor canónigo Baez, última manera de Campeche y un Nacimiento del referido canónigo que pertenece al segundo estilo de aquel pintor; una Concepcion que existe en San Francisco y una Santa Rita, verdadera imagen de la penitencia que reside tambien en aquel convento; el naufragio ó salvamento del niño D. Ramon Power que se halla en la capilla de Belén del referido convento de predicadores y en el que puede decirse que la mar ondea con el soplo de la tempestad, que el barco se mueve y que los hombres hablan; la Divina Pastora que con algunas copias de estampas y retratos posee el señor D. José Bacener, é infinidad de retratos de las familias Power (4), O'Daly, Andino y Vizcarrondo; sin que echemos en olvido algunos cuadros de que hemos oído hablar como un San Ildelfonso que posee en España el Dr. Cantero; el que existe en el seminario conciliar de esta ciudad improvisado para una fiesta del santo; una Virgen de las Mercedes del presbítero Estarache, algunos que posee la familia de Carrion; una Virgen del Carmen (en cobre) que posee segun se nos ha dicho, la familia de Larregui; un precioso San Ramon que posee un regente de esta real audiencia y que debe hallarse en la península; un San Juan de cuerpo entero que debe encontrarse en las antillas danesas y otros muchos que por incuria de los poseedores que debieron llegarse á nosotros tan luego como tuvieron en los periódicos la nueva de que iba á escribirse sobre el pintor; no conocemos ó no recordamos al presente (2). Pero la pintura que segun los inteligentes representa el verdadero pincel de nuestro artista, es el Nacimiento que se halla en el convento de San Francisco, cuya obra es un conjunto de belleza y de encantos; la suavidad y blandura de las líneas, la animación del colorido, la espontaneidad y valentía de los toques, el tono delicado á par que enérgico, la expresión mas celestial y la vida artística que rebosa todo el cuadro, se unen á la belleza y fluidez del claro oscuro tan digno del Corregio. En él aparece á imitación de la célebre noche, de aquel artista, una nueva luz que brota con esplendores y dulces raudales del niño Dios; en él brilla toda la esplendidez del genio de Campeche. Inmarcesible laurel de un grande artista; ¡cuán rico el que pueda llamarse dueño suyo! ¡y cuán dichoso el que pueda apreciarte cuál mereces!

Por lo que respecta á los frescos de nuestro pintor, es lamentable que el blanqueado moderno haya venido á sepultar la fachada de algunas casas de esta ciudad, que, despojadas del grosero barniz que las encubre, mostrarían aun con toda animación el hermoso trabajo de su mano.

Consagróse tambien Campeche á la arquitectura y al tallado de cuyos conocimientos nos han quedado sin embargo, algunas aunque escasas muestras (3); siendo tal su afición por otra parte á todas las artes de recreo que, segun se nos asegura llegó á sobresalir en la belleza de los fuegos de artificio con que solian celebrarse en otros tiempos las fiestas religiosas.

Tal es pues la relación de la vida y obras del pintor Puerto-Riqueño consagrada la primera á las virtudes privadas y sociales y á un trabajo asiduo á par que glorioso para las artes. ¡Dichoso el hombre que vive para un pensamiento! La vida material es tan corta y vale tan poco cuando no se emplea en el bien, que no puede ménos de ocurrirnos que la única ocupación digna de nuestra mente y de nuestro corazón es aquella que se cifra en el bien de los demás, como fuente del nuestro: ocupación que nos hace felices aun en el seno de la amargura.

Murió nuestro pintor en 7 de noviembre de 1809, segun consta de su partida de entierro y otros papeles, á

(1) En vida del señor D. José Power antiguo oficial retirado, verídico y apreciable sugeto é íntimo amigo de mi familia, tuve ocasion de saber por su medio algunos pormenores relativos á la vida y obras de Campeche, como coetáneo y amigo que fué de este pintor.

(2) Nadie mas interesado que el poseedor en que su cuadro adquiera nombradía. Asistámosle el propósito de añadir por vía de apéndice una relación de todos los cuadros del Puerto-Riqueño, existentes en la isla, ya porque semejantes catálogos sirven á investigaciones y trabajos ulteriores, ya por aclarar dudas, ya en fin por conseguir que la tradición que se va borrando se afirmase, pero el propósito no ha pasado de tal, sin que por nuestra parte estuviésemos obligados despues de los anuncios periodísticos, á caminar de puerta en puerta en solicitud de las pinturas de Campeche.

(3) El retablo y cuadro de la iglesia de Horniguero (Vicaría de San German) el altar de Santa Ana cuyo diseño existe firmado por él, el retablo del altar mayor de Bayamon y otras obras.

la edad de 37 años. Ignoramos con precision la causa de su muerte aunque debemos atribuirla á la tísia producida por el olor de las pinturas, por el excesivo trabajo y sobre todo por la predisposición orgánica de su familia. Fué enterrado en el convento de Santo Tomás de Aquino, del órden de predicadores de esta ciudad, como hermano profeso de la venerable órden 3^a de Santo Domingo. Dejó por albaceas testamentarios, en primer lugar al señor canónigo entonces de esta santa iglesia catedral, licenciado D. Nicolás Alonso Andrade, en 2^o y en 3^o á sus hermanos Miguel y Lucia, y por únicos y universales herederos de su módica hacienda á sus legítimas hermanas Lucia y Maria Loreto Campeche; segun consta del testamento otorgado por el pintor, en 24 de octubre de dicho año, por ante el escribano público D. Gregorio Sandoval. La Gaceta del Gobierno de la Isla hizo su elogio, y sus hermanas, previa información del ayuntamiento y recomendación del gobierno susodicho, solicitaron de la Metrópoli una pensión en gracia de su horfandad y de los méritos públicos y privados de su hermano José, cuya merced les fué concedida hasta su muerte, á juicio y discreción del Gobierno de la Isla.

José Campeche vivió pues para ejemplo de la virtud, para encanto de su patria, y para imitación de la posteridad; su nombre representa talento y virtud, verdaderas palmas de la gloria, y su existencia, como artista, es en Puerto-Rico lo que el fecundo oasis en mitad de los desiertos. Dichoso el que ha trazado, no con tanta habilidad como quisiera, el breve cuadro de su vida, si logra despertar en la juventud artística el deseo generoso de esparcir en tal desierto la fecundidad y la hermosura del oasis.

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

Deshielo del Liman del Dnieper.

El autor de los dos dibujos que acompañan M. A. Rideau, cirujano mayor de la division naval de Kimburn, explica de esta manera el asunto que representan:

Del 22 al 23 de enero, dice, los vientos se habían mantenido al Sur y al Sudeste, y el 25 se oía crujir los hielos por todas partes. La *Tonnante*, las chalupas, las cañoneras estaban en el interior al Norte de los fuertes, cogidas todas en un inmenso trozo de hielo flotante; en todo hacían ocho buques. El 26 la corriente movía el trozo de hielo y le llevaba sobre el Otchakoff: áncoras, cadenas, cables, todo seguía el movimiento: las cadenas de navío que contenían la *Tonnante*, cedieron como las otras y se rompieron.

Había llegado la noche y se podía creer que los rusos se aprovecharían del apuro para hacer disparos con sus baterías de morteros; pero no fué así, pues hubieron de comprender que esto habría sido la señal de la destrucción de Otchakoff. De las once á las doce el viento se modificó y lanzó la flotilla con la corriente en medio de los enormes témpanos de hielo hácia la boca del Liman; un viento del Oeste había decidido el rompimiento del hielo.

La punta baja que forma la entrada del Liman se halló completamente invadida y los témpanos impelidos por una fuerza irresistible penetraron en el mismo fuerte de la punta obstruyendo las troneras, llenando los parapetos y el camino cubierto que reúne esa fortificación con las otras dos.

En vano he querido pintar con el lápiz el aspecto de esos hielos hechos pedazos y amontonados unos sobre otros hasta la altura de 13 metros.

El deshielo principió á las tres y media de la tarde, y á la otra mañana salieron de la bruma esos promontorios brillantes cuya formación había sido tan rápida. Impelidos por un viento Sudeste los témpanos se despedazaban en la costa y los fragmentos bajo la presión de la masa flotante se deslizaban unos sobre otros formando planos inclinados sobre los cuales venían siempre á sobreponerse nuevas capas.

Nadie podía prever cuál habría sido la suerte de los buques, si el cielo en tan apurado trance no los hubiese protegido abiertamente. El tiempo estaba hermoso y la brisa no iba contra la corriente del río; á fuerza de hábiles maniobras y de mucho trabajo la division logró evitar todos los peligros y salió del canal. Ahora la flotilla se encuentra sólidamente establecida al Sur de la flecha de Kimburn, bien protegida. Esta terrible prueba se ha terminado sin otra avería que la pérdida de algunas planchas de cobre: la *Rafale* y la *Bourrasque* son las que mas han sufrido y han tenido que ir á Kamiesh á reparar sus daños.

— Hasta aquí la correspondencia; ahora añadiremos á este episodio visto y dibujado por el cirujano francés, los interesantes detalles que nos suministra el viaje de M. H. de Hell en las estepas del mar Caspio sobre el deshielo del Dnieper. Este acontecimiento que es siempre muy grave para los habitantes de las costas de la Crimea, se halla descrito de este modo por la señora de Hell, compañera valerosa de las atrevidas excursiones de su marido. Hé aquí lo que dice:

«Al deshielo del Dnieper preceden sordos crujidos, ruidos interiores anunciando que el río largo tiempo dormido bajo la corteza de hielo, se despierta y quiere salir de su encierro. Durante mes y medio todas las comunicaciones se hallan interrumpidas; los puestos de cosacos colocados de distancia en distancia sobre el hielo, anuncian el peligro de la travesía; como la temperatura varía entonces continuamente el deshielo no se verifica enseguida. Cuando estaba en su principio in-

80
4,
L



El fuerte de Kimburn invadido por los hielos del Liman.

sistimos á pesar de todos los consejos contrarios que nos dieron en marchar á Kher-son; cuando nos presenta- mos sobre las orillas del Dnieper manifestando el de- seo de atravesarle, todos los marinos nos miraron estu- pefactos y ninguno de ellos quiso alquilarnos su trineo. Como su vieja experiencia se burlaba de todos nues- tros ruegos, ya íbamos á renunciar á nuestro plan cuando distinguimos dos ó tres señores que se dirigian á pié hasta nosotros segui- dos de un trineo vacío. Cuando llegaron á la orilla nos dijeron que el rio esta- ba desembarazado de una parte de sus hielos enfrente de Kher-son y que era muy peligroso el querer pasar en trineo.

» Salidos de Kher-son á las seis de la mañana (en- tónces eran las diez) ha- bían gastado todo este tiempo en andar su camino; se unieron á los marinos para hacernos renunciar á se- mejante viaje tanto mas peligroso cuanto que el sol tenía mucha fuerza desde por la mañana, pero todo fué inútil. Su trineo que pusieron á nuestra disposi- cion allanó todos los obstá- culos y nos embarcamos alegremente precedidos de un marino alentado con nuestro ejemplo, y que de- bía sondear los hielos de- lante de nosotros. Un sol hermosísimo resplandecía sobre aquella sábana in- mensa de hielo de donde se elevaba un vapor azulado que el cocheró y el guía consideraban con la mayor ansiedad. A despecho de sus alarmas seguíamos nues- tro camino y el marinero se hallaba mas á menudo en el trineo que en su puesto de explorador. Sin embar- go, los crugidos que se ha- cían mas y mas frecuentes principiaban á ennegrecer un poco nuestra imagina- cion, y nos hacían temer serios contratiempos. Veia- mos abrirse el hielo en cier- to modo bajo los rayos del sol y desprenderse poco á poco de las islas que entón- ces costeábamos; y lo que aumentaba sobre manera nuestra inquietud era la elasticidad del hielo que se movía sensiblemente á nues- tro paso.

» Al ver como se levanta- ba y bajaba gradualmen- te se habría dicho la respi- ración del rio que se iba ha- ciendo mas notable á medi- da que el hielo disminuía. Como nuestro guía marcha- ba siempre adelante no te- níamos mas remedio que seguirle y así llegamos á un brazo del Dnieper muy temido de los marinos por su corriente cuya rapidez no permite que el hielo se haga muy grueso allí, aun en medio de los mas gran- des frios. Para atravesarle salimos todos del trineo maniobrando cada cual á su manera sobre una su- perficie tan tersa como la de un espejo. En fin, á pesar de nuestras caídas y de los crugidos del rio logra- mos reunirnos todos mas allá del paso peligroso, muy contentos por haber llega- do salvos, y principalmente porque nos encontramos en la tierra firme. Pero entón- ces teníamos que andar mas de dos verstes en una isla ántes de llegar enfren- te de Kher-son. Volvimos pues, con la mayor seguri-

dad á nuestro trineo, y he- nos, pues, nuevamente lan- zados con toda la fuerza de nuestros caballos sobre una nieve blanda cuya superfi- cie se deshacia rápidame- te al sol. Pero siempre su- cede que las averías llegan de improviso y cuando está el ánimo mas sereno.

» Una grieta profunda que el cochero no tuvo tiempo de evitar, se presentó de repente á través del trineo; este se metió en ella y todos dimos un vuelco. Mi mari- do que estaba sentado sobre los paquetes se quedó com- pletamente atontado con el golpe; el cochero y el guia lanzados á una larga dis- tancia del trineo tampoco se movian y yo me encon- tré con mi capa de pieles en medio de una zarza. Cuan- do me decidí á lanzar una mirada sobre mis compañe- ros de infortunio, ellos prin- cipiaban á dar señales de vi- da; parecia que habian apos- tado á quien se levantaria el último. Por fin, á pesar de todo en breve estuvimos en pié con la certidumbre de que ninguno de nosotros se habia roto algun miem- bro en la caída.

» El cochero volvió á su puesto cojeando, muy sor- prendido al ver que no re- cibia una buena reprimen- da por su torpeza. Si lo su- cedido hubiera tenido lugar con rusos, el pobre hombre lo habria pagado con una paliza. Continuamos pues, nuestro viaje sin mucho susto hasta que dejamos la isla para atravesar el ancho brazo del Dnieper que nos separaba aun de la ciudad.

» Su inmensa superficie presentaba un golpe de vista realmente espantoso. Enor- mes bancos de hielo prin- cipiaban á moverse y ha- bían dejado ya á descubierto una gran parte del rio. Por otra parte el hielo compac- to aun tenia sin embargo, tantas hendiduras, que no podiamos avanzar ni correr peligro. Nuestra posicion se hacia mas crítica cada vez, y estuvimos á punto de vol- vernos á la isla que acabá- bamos de dejar para espe- rar en ella el momento de ir á Kherson en barco; no obstante, como quizás habia tanto peligro en retroceder que en continuar el camino, tomamos este último parti- do con la mayor prudencia posible.

» Despues de la primera embriaguez de la audacia estábamos condenados á pa- gar nuestra temeridad; el suelo que nos separaba del abismo nos parecia tan trai- dor que á cada instante des- esperábamos de llegar. Es- ta angustia duró mas de una hora, pero por fin con- seguimos alcanzar los bu- ques que se hallaban cogi- dos en los hielos á alguna distancia del puerto. Allí estábamos salvados y con- cluimos en chalupa nuestro peligroso viaje. Dos dias despues el viento del Me- diodía habia barrido casi enteramente la inmensa sa- bana de hielo que tenia cau- tivas hacia tanto tiempo las aguas del Dnieper.

» Todos aquellos témpanos monstruosos, todas aque- llas montañas que chocaban entre sí con tanta turia en su marcha desordenada, de- saparecieron como por en- canto y fueron á perderse en el seno del mar Negro. Este deshielo se verificó con tal rapidez, que el rio se

Acumulacion de los hielos sobre el fuerte de Kimburn, durante el deshielo del Liman.



encontró libre inmediatamente. Al cabo de ocho días no quedaba ya el menor vestigio de hielo y nos volvimos á Clarofha sin experimentar ninguna de las emociones de nuestra primera expedición, tan temeraria como pintoresca.»

VALERIANO.

(Continuación.)

El conde Arturo de Barjols era capitán de la guardia real á los veintiseis años. Su padre, muerto al regreso de la emigración, no le había dejado por toda fortuna mas que una parte bien mínima en la famosa indemnización de los mil millones. Pero el jóven oficial tenía en perspectiva el título de par cuya herencia debía dejarle un tío anciano que no tenía hijos. Su nombre esclarecido y la alta posición á que estaba llamado, así como también sus ventajas personales, le permitían aspirar á un matrimonio brillante. Vió á la señorita de Pontis, se enamoró de ella, consiguió agrandar y la boda se hizo. Tenía, pues, un porvenir soberbio. Gracias á su nacimiento y á la fortuna inmensa de su mujer, podía dar un libre vuelo á su ambición, y pretender los mas altos empleos de que, por otra parte, era muy digno por la elevación de su inteligencia.

Por el pronto resolvió seguir en el servicio hasta que la muerte de su tío le llamase á la cámara de los pares; pero entonces pensaba dar su dimisión para entrar en la diplomacia. Tenía la esperanza bien fundada de llegar rápidamente á las altas regiones, y se veía al cabo de algunos años nombrado para desempeñar una de las primeras embajadas de la Francia.

Estos proyectos de grandeza obtuvieron la completa aprobación de la condesa cuya vanidad lisonjeaban, sin contar que eran además una garantía para su felicidad doméstica. Amaba á su marido y con razón pensaba que si graves trabajos absorbían su energía y su tiempo, le preservarian de la inconstancia.

La revolución de Julio vino á trastornar todos estos cálculos. El heredero del título de par tuvo que dar su dimisión por punto de honra; ya no había esperanza para el porvenir ni ocupación para el presente. La ociosidad trajo poco á poco la disipación, pues la organización del conde era demasiado rica para no necesitar una actividad cualquiera en que ejercitarse. Tomó la agitación á falta de movimiento y halló en los placeres un aliento para el ardor de sus pasiones. En amistad estrecha con los reyes de la moda se hizo partícipe de todas sus locuras dándose á un tiempo al juego, á las orgías, á los caballos y á las mujeres. La muerte de su padre político acaecida el año anterior había destruido el único obstáculo que pudiera oponerse á sus desórdenes.

Agata padeció mucho con este cambio y se quejó altamente. Pero viendo que sus amonestaciones, sus clamores y sus lágrimas de nada servían, y que su marido á pesar de sus buenas promesas renovadas con frecuencia, no se enmendaba, acabó por resignarse y se decidió á distraerse de sus penas. De este modo tuvo el capricho de ir á la Bretaña donde el acaso le ofreció un consuelo que no buscaba, pero que no tuvo la fuerza de rechazar.

El conde acababa de salir por quince días cuando llegó la carta de la marquesa. Solo á su vuelta la leyó, y deplorando vivamente su ausencia y resuelto á no perder un día mas, se puso al instante en camino para reunirse con su esposa.

Conocía perfectamente á la marquesa y sabía que no podía haber salido de su indiferencia ordinaria sin graves motivos; preciso era que sus intereses y los del conde se hallasen amenazados á la vez para que hubiese tomado el trabajo de señalarle el peligro que le amenazaba.

Los términos vagos de la carta, si no permitían suponerlo todo, probaban cuando ménos que la imaginación de la condesa se hallaba bien herida, y que de la aventura novelesca que le contaban podía salir un amor violento con las consecuencias mas graves.

El conde tenía mas de una razón para volar al socorro de la virtud vacilante de su esposa. Primeramente al renunciar á su papel de amante y á sus deberes de marido, no había renunciado á su dignidad de hombre de mundo y no habría sufrido sin pesar la suerte que á tantos les cabe. Despues experimentaba una inquietud muy viva con respecto á sus intereses materiales; temía un escándalo que no le hubiese permitido participar honrosamente de la fortuna de su mujer. Su orgullo de noble no se sublevaba con la idea de gastar en prodigalidades locas un patrimonio que no era suyo, pero le habría ordenado morir de hambre ántes de aceptar nada de una esposa que públicamente había faltado á sus deberes.

Tales son las leyes de la opinión en puntos de honra.

El conde no llegaba, pues, con intenciones vengativas: no era uno de aquellos maridos de otros tiempos que corrian con la lanza en ristre para sostener en el campo del honor la inocencia de su dama, era un hombre de negocios que quería cuidar de la marcha de un proceso importante. No era un celoso de comedia decidido de antemano á encolerizarse, á publicar con trompetas un deshonor quizás imaginario y á coronar con el ridículo una desgracia problemática; era un hombre de

fin educación, deseoso de sacar el mejor partido posible de la situación que se presentara, y resuelto á salvar por todos los medios posibles sus privilegios conyugales, si era tiempo aun, ó las apariencias cuando ménos.

Hé ahí porqué se acercó á su mujer con tantas señales de ternura; hé ahí porqué demostró tanta urbanidad á Valeriano.

A la primera mirada reconoció el rival misterioso cuya existencia le hizo sospechar su tía, y se quedó tan maravillado de la belleza del jóven breton, como este de la suya. Cada uno de ellos admiró amargamente en el otro lo que á sí propio le faltaba. Esto es natural en todos: el hombre considera siempre con desden los bienes que posee y con envidia los que le faltan. La inquietud del conde, á pesar de su disimulo, no fué ménos viva que la de Valeriano: lo que en uno fué sorpresa fué sentimiento en el otro. Arturo no pudo ménos de acordarse con dolor de sus años pasados al ver en todo su brillo sobre la frente de su rival esa flor de la adolescencia que una vez marchita ya no renace. Tenía la vista demasiado ejercitada para no distinguir desde luego todos los tesoros de candor, todos los gérmenes de fuerza, todo el amor que encerraba aquella organización primitiva, y sabía qué encanto tan grande debían tener la espontaneidad de los sentimientos y la virginidad de las sensaciones para una mujer acostumbrada á las energías enfermizas, á las gracias enervantes, á los ardores calculados, á la vida en cierto modo galvánica de un mundo gastado.

Estremeciéndose había medido toda la extensión del peligro: no se trataba evidentemente de un capricho, sino de una pasión verdadera; todo el porvenir se hallaba gravemente comprometido.

Con una mujer débil y temerosa, el conde habría podido salir del apuro; no tenía mas que tomar un aire severo y pedir caballos de posta, y una vez en camino, una vez los polos de la máquina aislados uno de otro, no era ya de temer la chispa eléctrica. Pero este preservativo soberano en los casos ordinarios habría sido mas que peligroso en la ocasión presente. No había posibilidad de mandar así con una mujer como Agata que tenía un carácter independiente y habría contestado con un escándalo á una tentativa de despotismo. El conde que nada temía tanto como el ruido, se decidió á disputar palmo á palmo una victoria que no podía llevarse por asalto. Para esto principió por estudiar con extensión el terreno, pues comprendía que para triunfar en una lucha donde todas las probabilidades estaban contra él era preciso conocer á fondo la situación del enemigo, sus fuerzas y sobre todo su flaco.

Afortunadamente para sus combinaciones estratégicas tenía en la marquesa una mujer que le serviría de mucho.

Sin embargo, no debemos creer que esta había querido presentar contra su sobrina una denuncia en toda regla, contando al conde palabra por palabra todo lo que había pasado ante sus ojos. En este modo de obrar habría habido un cinismo de perfidia que repugnaba seguramente á su delicadeza de mujer bien educada. Pero la marquesa no deseaba otra cosa que hablar amistosamente con el conde de su permanencia en la Bretaña y de la vida que allí hacían, por manera que en la conversacion era muy natural pintarle el carácter y los hábitos de los vecinos con quienes se iba á poner en relaciones, y de los cuales no podía ciertamente decir nada malo.

El conde que conocía los escrúpulos de su respetable tía, tuvo buen cuidado de conformarse, y sin tener necesidad de dirigirla una pregunta indiscreta, sin verse obligado á herir una sola vez la susceptibilidad de su conciencia, obtuvo noticias tan precisas y exactas como habría podido darlas el mejor agente de policía.

Hay hombres que pretenden que todos los vicios se encuentran reunidos en las últimas clases de la sociedad, y otros sostienen que por el contrario están exclusivamente en las clases elevadas; ambas opiniones son erróneas. La corrupción en el fondo es siempre la misma, únicamente varía en el modo y en sus manifestaciones. En el pueblo se ostenta en toda la brutalidad de sus instintos, en la aristocracia se disfraza bajo los mil refinamientos de la civilización; aquí marcha con la frente descubierta y las manos desnudas, allá lleva guantes y careta. Esa es la diferencia.

Una vez informado, el conde trazó su plan de campaña. Cuatro operaciones podía intentar: inspirar celos á Valeriano con respecto á su prima y hacerle renunciar á atacar el bien ajeno obligándole á defender el suyo; suscitar desconfianza entre la condesa y su adorador á fin de provocar recriminaciones y por consiguiente un rompimiento; disminuir poco á poco el gusto de la condesa por Valeriano, ridiculizándole, y por último reanimar el amor quizá mal apagado de su mujer apelando alternativamente á su vanidad, á su corazón y á sus sentidos. Si ninguna de esas maniobras tenía buen éxito debía darse por vencido y no pensar ya sino en disimular su derrota lo mejor posible.

Agata por su parte se hallaba poco contenta con la llegada de su marido: preguntábase qué motivo había podido determinarle á dejar súbitamente su París querido y los placeres fastuosos que constituían su vida para venir á enterrarse cerca de una mujer á quien no amaba en una bahía solitaria de la Bretaña, pues había anunciado la intención de permanecer en Kadoré lo que faltaba de verano. Al pronto se figuró que tendría necesidad de dinero, y en este caso contaba desembarazarse muy en breve de su presencia con uno de esos sacrificios pecuniarios á que se hallaba acostumbrada y que en la situación presente no le habría costado el menor

sacrificio. Resolvió, pues, aclarar sus dudas cuanto ántes, y así que se halló sola con su marido le dijo:

— Me habeis causado una verdadera sorpresa, mi querido Arturo, y deseo saber á qué la debo.

— Al placer de veros, querida mía, respondió el conde con un tono serio.

— Mil gracias por la galantería.

— Sí, habeis dejado un vacío con vuestro viaje que nada podía llenar.

— ¿Y pensais hacerme creer que yo os faltaba y que no podeis vivir sin mi compañía?

— No quiero hacerlos creer mas que la verdad.

— Admiro que me digais eso seriamente.

— No tengo ganas de reirme.

— Escuchadme, mi querido Arturo, esta comedia conyugal es buena para ser representada delante de los extraños, y ya habeis visto que yo desempeño en ella mi papel á las mil maravillas. Pero entre nosotros creo que podríamos quitarnos la careta; nos conocemos demasiado bien para alimentar la esperanza de engañarnos mutuamente con respecto á nuestros sentimientos. Y además ¿para qué serviría? ¿no me haceis justicia? ¿no reconoceis que soy bastante razonable para acomodarme á lo que exigen las circunstancias?

— Sé que sois tan indulgente como amable y por eso quiero tratar, no de merecer sino de obtener el perdón de mis pecados.

— ¿Habeis cometido algunos nuevos?

— Inútil suposición; ¿no debo pedir el perdón de tantos como son los antiguos?

— Me recordais el proverbio del diablo hermitaño. Y no es sin duda porque tengais que temer en mucho tiempo los ataques de la vejez; pero las personas de vuestro carácter no vuelven regularmente á la virtud sino despues de haber sufrido los desengaños del vicio. Sois de esos hijos pródigos que no van á llamar á la puerta de la casa paterna sino cuando están cansados de dormir al sereno. Para venir á mí de tan buen corazón preciso es que tengais motivos para quejaros de las bailarinas de la Opera; vamos, sed franco.

— En efecto, he llegado á comprender que no había una que fuese digna de desataros la cinta del zapato, y por eso vengo á ponerme á vuestros pies.

— Es un triunfo que lisonjea sobremanera mi vanidad. ¿Y habeis notado también algun defecto en vuestros caballos ingleses para que los abandoneis así, sin sentimiento?

— Sí.

— ¿Y cuál es?

— El defecto de no poderme traer á la Bretaña con tanta rapidez como los caballos de posta.

— Estais gracioso; aquí hay algo seguramente, algun horrible atentado contra nuestra fortuna. ¿Cuánto habeis perdido al juego?

— ¡Oh! desde hace algun tiempo tengo una suerte insolente, y he podido hacer economías. Sí, economías, ya veis que soy hombre de orden. Antes de emprender el viaje he dejado en casa de nuestro banquero una suma de cincuenta ó sesenta mil francos.

— ¿De veras? Entónces no sé qué pensar: ¿qué habeis venido á hacer en este agujero?

— He venido á veros.

— ¿Estariais enamorado de mí?

— ¡Quién sabe!

— Tanto mejor.

— Dos palabras que me colman de alegría; no esperaba por cierto tanta felicidad.

— No me comprendéis; no os doy una esperanza, al contrario, os amenazo. ¡Ah! si tuvierais la locura de amarme de nuevo os compadecería.

— No lo creo.

— ¡Oh! necesitariais desplegar mucho valor, pues os haría una guerra terrible.

— El amor es como la rosa, todo encanta, hasta las espinas.

— Verémos. Si decís la verdad me voy á divertir mucho. Los dioses se complacían en la venganza, y al marcharse dejaron su herencia á la mujer.

— ¿Quereis vengaros?

— Terriblemente.

— ¿Y de qué?

— Si pensais que puedo perdonar las ofensas os doy las gracias, pero no debeis imagináros que las olvide. Me habeis hecho sufrir todos los dolores del amor desgraciado, todas las humillaciones del abandono; me habeis visto saborear con ojos secos la hiel de mis lágrimas, me acuerdo perfectamente; pero os advierto que si del rango de amiga á que tuve por precisión que resignarme, quisierais elevarme al de querida, de lo alto de ese poder que me habriais devuelto os condenaría á los suplicios mas crueles no solo sin remordimientos sino con júbilo; acreedor implacable os haría pagar todas las deudas que habeis contraído conmigo, capital, intereses, atrasos y la usura. No habría tiranía ni perfidia que dejase de poner en juego contra vos; alarmas, celos, desconfianzas, todo tendriais que sufrirlo: ¿qué os parece el programa?

— Créo que os amo mas que hace un instante, y temo perder la razón dentro de poco.

— ¿No os espanta lo que acabo de decir?

— Al contrario; sois el demonio mas encantador del universo.

— Ya os daré á conocer que, cuando quiero, soy también el mas pérfido.

— Por consiguiente mi mérito en venceros será mas grande.

— ¿Os lisonjeais de mi conquista?

— ¿Y porqué no?

— Sois un fatuo.
— Debeis comprender que lo que se ha hecho ya, sin fatuidad, puede uno prometerse repetirlo.
— No; un hombre advertido vale por dos y una mujer advertida vale por cuatro.
— Pensais intimidarme y eso es ya una prueba de flaqueza.

— Es simplemente una prueba de generosidad; os he mostrado los peligros y la dificultad de vuestra empresa; ahora os dejo tiempo para reflexionarlo seriamente.
Y dicho esto, la condesa se levantó, saludó irónicamente y se retiró á su aposento.

Esta conversacion, en apariencia tan ligera, la bastó para saber la mayor parte de lo que queria saber; era pues evidente para ella que el conde secretamente prevenido de sus relaciones con Valeriano, solo habia venido para entorpecerlas. ¿Quién era el autor de la traicion? ¿La marquesa? Mas como no podia sospechar los singulares terrores que sitiaban el egoismo de su tia, no podia distinguir ninguna razon para que tomara el partido de su marido contra ella. Supuso, pues, que era el abate Pascal que impelido por la venganza y el fanatismo, habia escrito de Saint-Brieuc una carta anónima al conde. Amenazada en su pasion por dos enemigos á la vez resolvió deshacerse primeramente del que consideraba como mas peligroso acabando de perder para siempre al cura en el ánimo de Valeriano.

En cuanto al conde habiendo perdido la esperanza de alejarle mediante una concesion pecuniaria, formó el proyecto de desembarazarse de él de un modo tan seguro, aunque ménos pronto, haciéndole insoportable la permanencia en Kadoré, á fuerza de incomodidades. Al mismo tiempo se proponia tambien quitarle toda sospecha mediante su prudencia. Una vez su marido fuera y con el ánimo tranquilo, recobraría ella toda su libertad y podria entregarse sin violencia á la felicidad de una pasion correspondida.

El conde habia visto en las palabras de Agata una verdadera declaracion de guerra, y esperaba verla realizar las amenazas que la habia hecho riendo. Armándose, pues, de antemano de mucha paciencia y decidido á soportarlo todo para llevar á sus fines, resolvió no dar á su mujer un solo pretexto de ira al paso que ejercería sobre ella una vigilancia constante.

Despues de la comida la condesa manifestó la intencion de hacer una visita á la familia Hubert.

— ¿Quereis que os acompañe? dijo Arturo.
— Con el mayor placer, respondió Agata; pero ¿no temeis el fastidio? Los habitantes de la Casa-Florida son unos simples aldeanos, y su trato no será divertido para un parisiense tan completo como vos.

— ¿Os desagradan?
— Muy al contrario.
— Entonces tambien me agradarán á mí. Además, debo el mayor agradecimiento á uno de los miembros de esa familia, á ese jóven héroe que me habeis presentado esta mañana. No puedo dispensarme de hacerle una visita sin faltar á mis deberes, y no quiero darme á conocer en un país donde pienso permanecer largo tiempo con una falta de política que sería igualmente una ingratitud.

Agata habia querido poner al conde en una falsa posicion, y viendo que no lo habia conseguido disimuló su descontento y tomó con aire satisfecho el brazo que su marido la ofrecia. Juntos se encaminaron, pues, á la Casa-Florida donde hallaron reunida la familia en compañía de sus dos amigos.

El abate Pascal no habia guardado rencor á Valeriano por una violencia que tenia su excusa en el delirio de la pasion. Además no queria abandonar á Eugenia en su desconsuelo, ni dejar sospechar á madama Hubert nada de lo que habia pasado. La frialdad con que Valeriano lo recibió á su entrada hirió su sensibilidad sin cansar su indulgencia.

En cuanto á M. Jacquin, se encontraba en la mejor posicion con respecto al jóven. El cura en cuanto supo la llegada del conde fué á comunicársela recomendándole de nuevo una inaccion completa.

— La prudencia, le dijo, nos impone ahora mas que nunca la mayor reserva. La Providencia nos envia un aliado con el cual no contábamos y el mejor que habríamos podido desear. Si alguno puede salvar á Valeriano es sin duda el conde. Su presencia contendrá á su mujer y hará imposible toda relacion criminal.

— El hecho es, respondió el comandante con malicia, que mas interesado está él que nadie en el mantenimiento del buen orden: su cabeza está comprometida en el asunto.

Y admirando su agudeza, prometió al cura una discrecion á toda prueba. Sin embargo, como no podia dejar de sentir su antipatia natural contra los aristócratas y los oficiales de la Restauracion, tomó á la aparicion de Arturo la actitud hostil de un dogo que ve entrar por la primera vez el perro de un amigo de la casa y no se abandona á ninguna familiaridad para tener el derecho de ejercitar sus dientes á la primera ocasion. Pero esta premeditacion de mal humor no pudo sostenerse contra las zalamerías del recién venido que fiel á su sistema de prudencia supo estar afable con todo el mundo y sobre todo con el comandante. Este no sabia lo que le pasaba cuando le oyó decir que celebraba infinito trazar amistad con uno de los gloriosos restos del grande ejército.

Hay en todas las profesiones, á pesar de las diferencias de casta y de opinion, cierto amor de corporacion que no se borra jamás completamente, y entre los hombres de guerra esta especie de mancomunidad sentimental es mas poderosa é indeleble que en los otros. La

bandera es para ellos el simbolo de una segunda patria de que todos son ciudadanos, y así experimentan por el hombre que sirvió como ellos un aprecio y un atractivo involuntarios que á pesar de todo se trasluen.

Al cabo de algunos instantes de conversacion los dos militares fueron los mejores amigos del mundo.

Por la noche hubo concierto. El conde que tenia una hermosa voz suplicó á Eugenia que le acompañara, y cantó con satisfaccion general. Solo Valeriano hubo de incomodarse con su triunfo. El conde notó su mal humor y atribuyéndolo á un movimiento de celos con respecto á su prima, prodigó á esta toda especie de cuidados y atenciones: alternativamente concedió á su talento y á su hermosura elogios tan lisonjeros cuanto delicados. Pero en breve reconoció que perdía su tiempo. La jóven recibía sus atenciones con fria urbanidad, y apenas respondía con una sonrisa distraida á sus mas gratias lisonjas. En cuanto á Valeriano habia cesado de ocuparse del conde en cuanto le vió exclusivamente dedicado á su prima. No tardó mucho en salir de la sala.

La noche estaba hermosa, hacia una luna muy clara y Agata propuso un paseo por el campo. Todo el mundo aplaudió la idea, y al instante se pusieron todos en camino.

La condesa hizo un ademán para tomar el brazo de su marido, pero como esperaba, él se negó á dársele, y dijo mostrando á M. Jacquin:

— Es un derecho que pertenece al comandante, mi querida Agata; mis privilegios desaparecen ante la superioridad del grado.

M. Jacquin dió mil gracias al conde por su deferencia, y tomó radiante el brazo de la condesa. Esto era lo que ella deseaba; habia adivinado que Valeriano andaría por allí cerca y que no tardaría en presentarse, en cuyo caso no la sería difícil desembarazarse del viejo militar y permanecer sola con Valeriano á quien queria hablar.

Todo pasó como lo habia previsto. El conde dando el brazo á su tia se puso á la izquierda de madama Hubert en tanto que el cura marchaba á la derecha de Eugenia que daba el brazo á su madre. El comandante y la condesa que habian tomado la delantera hallaron á la puerta del jardín á Valeriano que les acompañó. De este modo dieron una corta vuelta hablando de cosas diferentes; pero de repente Agata que habia tenido cuidado de apresurar la marcha á fin de adelantarse al otro grupo, se detuvo y mirando hácia atrás exclamó:

— Señores míos, nos van á acusar á mí de monopolio y á vosotros de impolítica; yo llevo dos caballeros, lo mismo que esas tres señoras.

Y al decir estas palabras soltó el brazo del comandante y se apoderó de la mano de Valeriano. Naturalmente aquel á quien detenian se quedó, y el otro á quien abandonaba retrocedió camino.

Por lo demás, la condesa supo recompensar el servicio del comandante.

— ¡Ah! señorito, dijo á Valeriano con un tono de reconvenccion mientras tomaba su brazo, ¿os dejais adelantar por el comandante! Razon tienen para decir que los jóvenes del día son impolíticos.

Y arrastró á Valeriano diciéndole en voz baja:

— Marchemos.
Cuando ya estuvo á una distancia suficiente para no temer que la oyeran prosiguió:

— Tengo que regañaros.
— ¡A mí! preguntó Valeriano con sorpresa.

— Sí; cuando estabais en casa y entró mi marido pusisteis una cara del otro mundo. No se toma ese aire á ménos de querer perderlo todo, sobre todo en semejante circunstancia: es preciso que lo sepais: no debemos á la casualidad la venida del conde.

— Lo sé, dijo Valeriano con tristeza, el amor le ha traído.

— ¡El amor! repitió Agata con acento irónico: ¿habeis tomado seriamente las bonitas palabras y las afectuosas caricias de mi marido? Solo vos en el mundo podíais engañarse con tales demostraciones. ¡Qué niño sois! No os crítico, al contrario, os amo mas por eso. En vuestra sinceridad no podeis sospechar la mentira, pero todo cuanto visteis era fingido. Arturo no hizo mas que tratarme como se acostumbra entre personas bien nacidas; nada mas: me ama lo mismo que yo á él.

— ¿No le amais, Agata?
— ¿Y me lo preguntais? Lo siento, Valeriano.

— ¡Agata! exclamó el jóven, ya sabeis que os amo con toda mi alma.

— ¡Silencio! dijo la condesa estrechándole vivamente el brazo y volviendo la cabeza atrás para ver si alguien les espiaba.

— ¡Pero el conde es tan hermoso! repuso Valeriano en voz baja.

— ¿Y qué importa?
— ¡Tan elegante, de tanto talento!...

— ¿Qué importan todas sus buenas cualidades? Estoy demasiado acostumbrada para que me sorprendan.

Terrible palabra que la condesa sintió haber proferido apenas la pronunció, porque no estaba al alcance de Valeriano. Sin embargo, no quiso darle tiempo para la reflexion y repuso con presteza:

— No está ahí el peligro; no debeis desconfiar de mí sino de vos mismo.

— ¿De mí?
— Sí, de vuestra imprudencia; debeis cuidar atentamente de vuestras acciones, de vuestros ademanes, de vuestras palabras; debeis encerrar en la sombra y en el silencio todas vuestras ideas y sentimientos, si no que-

reis descubrir la duplicidad de nuestros corazones. El menor indicio es bastante para un ojo celoso.

— ¡Celoso! ya veis que os ama.
— No, no, ya os lo he dicho; no lo comprendeis porque no conoceis al mundo. Son unos celos no de amante sino de marido, unos celos que no tienen mas motivo que la vanidad. — Yo no habito ese palacio, no saboreo ese fruto, no cojo esa flor, pero me pertenecen y no quiero que nadie se coloque en mi puesto. — Hé ahí lo que dice el egoismo envidioso de las gentes de mundo, y estos celos son tan o mas perspicaces y peligrosos cuanto que poseen toda la sangre fria de la indiferencia, toda la obstinacion del orgullo.

— ¡Oh! lo que decís es odioso.
— Pero desgraciadamente es muy cierto. Estemos, pues, prevenidos, el conde tiene sospechas.

— ¿Ya?
— Hace mucho tiempo; por eso ha venido aquí.
— ¿Su desconfianza le ha hecho adivinar lo que pasaba á cien leguas?

— No; nada ha podido adivinar, pero temo que se lo hayan dicho todo.

— ¿Y quién?
— ¿No tenemos un enemigo?
— ¡Un enemigo! nombradle.

— Yo no tengo mas que uno en el mundo y le conocéis.

— ¿El abate Pascal?
— Sin duda.

— ¡Oh! es incapaz de semejante cobardía.
— Os engaiais, es capaz de todo.

(Se continuará.)

Las razas de caballos en Francia.

Al examinar hasta las muchas y diversas clases de caballos que la Francia posee, al estudiar sus caracteres, al dar á conocer sus cualidades especiales, hemos mencionado solo las mas célebres, aquellas que son, digámoslo así, conocidas de todos. Pero además de esas razas, la Francia produce otras no ménos preciosas que no podríamos pasar en silencio en esta serie de artículos.

A la cabeza de ellas figura incontestablemente el caballo de Brenne, caballo de silla que tiene pocos rivales por su sobriedad y que no tiene ninguno en cuanto á su aptitud para soportar las fatigas, las intemperies y las largas abstinencias. Es un caballo de caza y de caballería, que es de un gran recurso para el ejército.

El caballo de Brenne es para la Francia lo que el caballo de las estepas es para la Rusia y la Polonia, pues se cria en esas llanuras inmensas cubiertas de pastos y sembradas de estanques que forman una parte del departamento del Indre y se extienden entre la Sologne y el Berry. En medio de esas soledades grandes y monotonas nacen y se crian estos caballos, confiados á la guarda de unos pastorcillos de la comarca, los cuales así como los caballos que están á su cuidado, forman verdaderamente una raza separada. Son en cierto modo los gauchos de esas pampas de la Francia del centro, y lo que hay de mas notable es que contra el uso general de tratar mal á los animales que reina desgraciadamente por todas partes, los caballos forman en Brenne la verdadera familia del pastor, y su solicitud hácia ellos reemplaza en este hombre medio salvaje todos los demás sentimientos que no le permiten comprender su rusticidad y su ignorancia. Estas relaciones continuas del hombre y del caballo han producido tambien los mas felices resultados. El caballo de Brenne es generalmente dócil y obediente, y al mismo tiempo los que le montan son los mejores ginetes que pueden encontrarse. En nuestro dibujo representamos uno de esos pastorcillos con el traje del país, su blusa, su sombrero de alas anchas, su garrote y su saco que lleva colgado por delante.

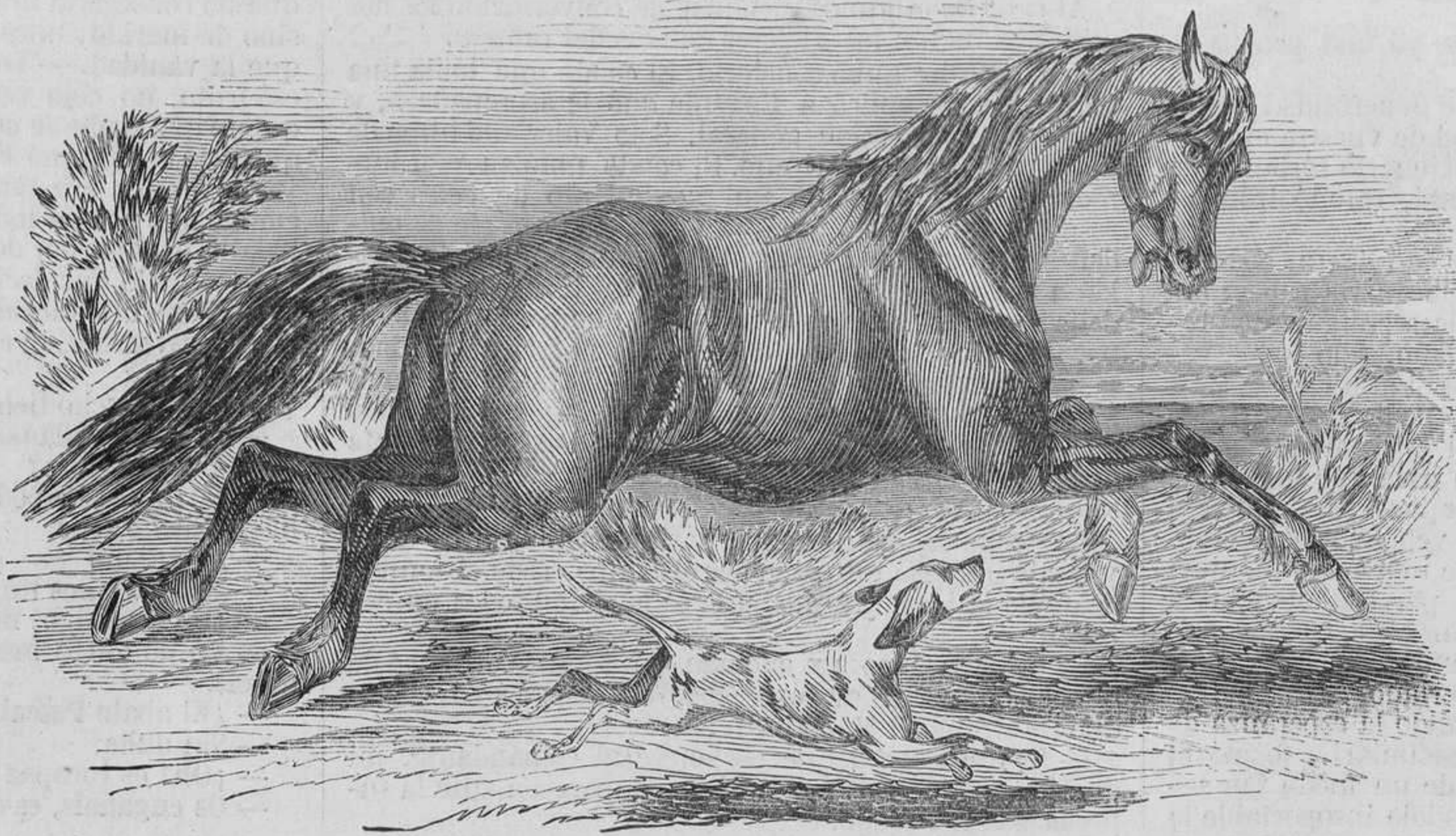
Hemos hablado de la sobriedad y de la persistencia del caballo de Brenne para soportar la fatiga y la intemperie, y ahora añadimos que á estas cualidades reune otras no ménos útiles y que le hacen sumamente precioso como caballo de carga y de caballería. Tiene el pié muy seguro y acostumbrado á marchar por la orilla de los estanques, por entre las malezas y los barrancos donde pasó sus primeros años, adquiere tal sangre fria que nada le espanta, y su ginete puede guiarle sin trabajo, sin temor y sobre todo sin peligro por los terrenos quebrados, los estanques y aun en medio de las aguas que atraviesa sin la menor dificultad. Se dice que este caballo es un poco bajo, y tiene la cabeza defectuosa y el cuello arqueado, pero en cambio posee cualidades bien preciosas; sus piernas, verbigracia son excelentes. Así gracias á esta raza infatigable, solo en Brenne se ven todos los años esas carreras donde hay caballos que habiendo llegado por la mañana de puestos muy distantes, corren sin embargo, sin cansarse y de una vez hasta 20 kil. metros.

Los caballos de Brenne que hace algunos años solo eran conocidos de los aficionados, principian hoy á ser apreciados en su justo valor. Por eso llueven hoy los pedidos á los ganaderos, tanto de los particulares como del gobierno que no ha tardado en reconocer que en ninguna parte hallaría tan buenos caballos de servicio.

Se ha querido cruzar la yegua de Brenne con el caballo árabe, y hasta ahora al ménos las tentativas han producido los mejores resultados. Y es sin duda porque se ha tenido presente el principio que debe presidir á

todas las alianzas en las razas caballares: la experiencia dice que tanto como ganan los caballos, aun como reproductores yendo del Mediodía al Norte, tanto pierden dejando el Norte para ir al Mediodía, y esto se ha reconocido de nuevo al ver los productos de las cruas operadas en Brenne.

A pesar de esa educación en medio de las soledades del centro de Francia, el caballo de Brenne es un caballo civilizado amigo del hombre; pero como si todas las razas mas diversas debieran encontrarse en Francia, esta nación tiene tambien su caballo salvaje, y es el caballo de la Camargue, criado en esas llanuras inculdas que forman lo que llaman el delta del Ródano, y cuyos escasos habitantes, nómadas y pastores son casi tan salvajes como los animales que pueblan esas soledades donde



Las razas de caballos en Francia. — Caballo de la Camargue.

la civilización no ha penetrado todavía. Tiene pues, todos los defectos como tiene todas las cualidades de los caballos salvajes; de un carácter indócil, difícil de domar, debe á su educación libre en una tierra árida, donde vegetan algunas yerbas duras regadas de tiempo por las aguas saladas de la mar, y quizás tambien á un poco de sangre oriental, mucha agilidad, mucho nervio y fuerza para resistir á las privaciones y á la intemperie. Lo léjos que este caballo vive por lo regular de la raza humana no contribuye poco, segun nuestra opinion á aumentar la indocilidad de su carácter. Se le ocupa solo para trillar, trabajo duro, cansado y que exige una organizacion robusta sobre todo en países como aquel donde suele durar hasta dos meses.

El coronel Cardini resu



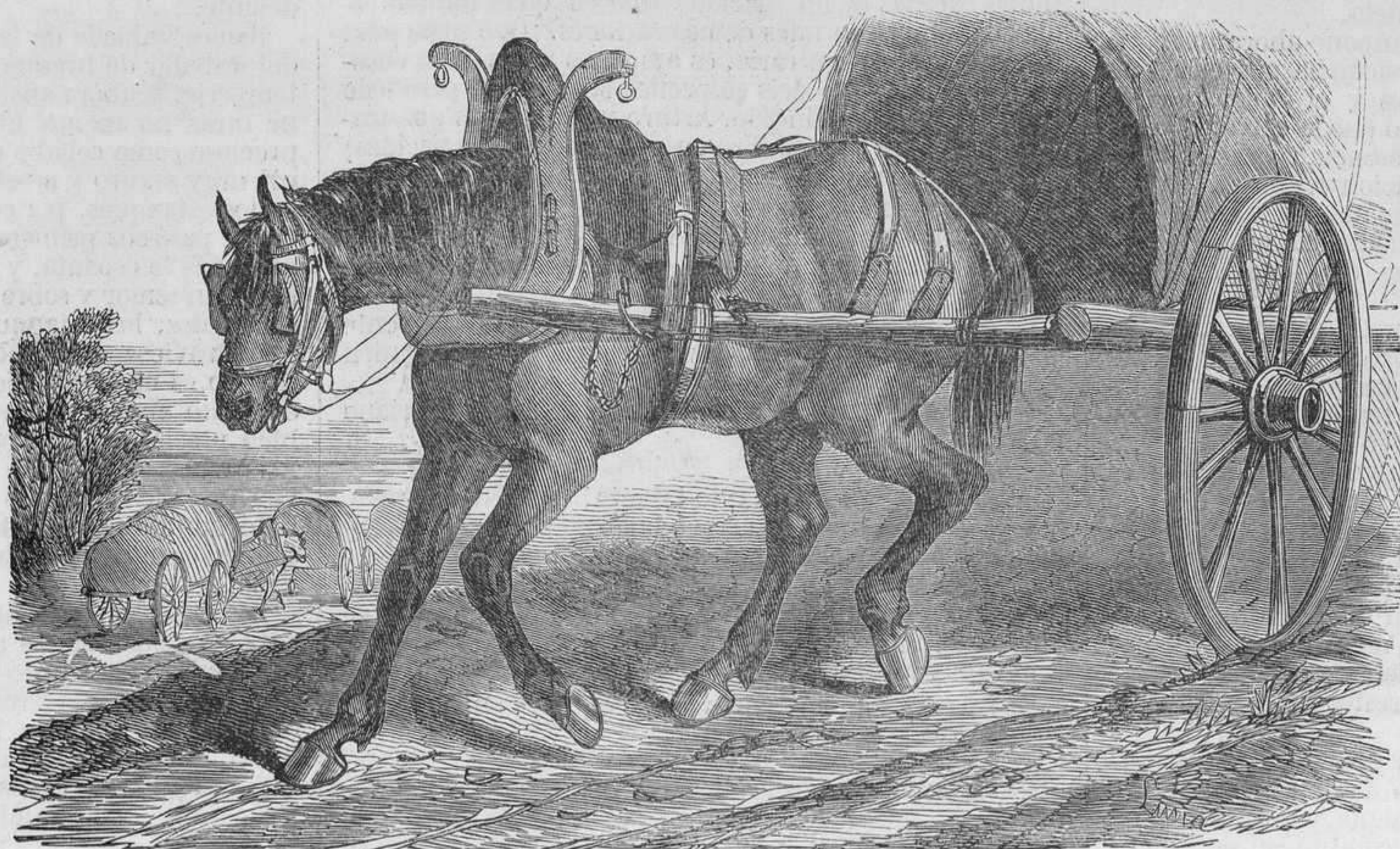
Las razas de caballos en Francia. — Caballo de Brenne.

me de este modo los rasgos principales que caracterizan la raza de estos caballos. Su altura varia de 1 metro 45 y 1 metro 50 centimetros: la cabeza es cuadrada, seca, el cuello delgado, la grupa de mula y las extremidades secas y delgadas.

Se podria mejorar esta raza regularizando sus formas y entónces ofreceria recursos preciosos para la caballeria ligera.

Si del Mediodía pasamos al Norte encontramos una especie de que no hemos hablado aun, la del caballo flamenco. Esta variedad del caballo grueso de tiro, se emplea para tirar de los barcos y los carros. Su altura llega á veces á 1 metro 75.; el pecho y la grupa son muy anchos y los piés gruesos. Solo se dice de ellos que consumen mucho alimento y duran poco: es una raza esencialmente linfática.

Otros caballos del mis-



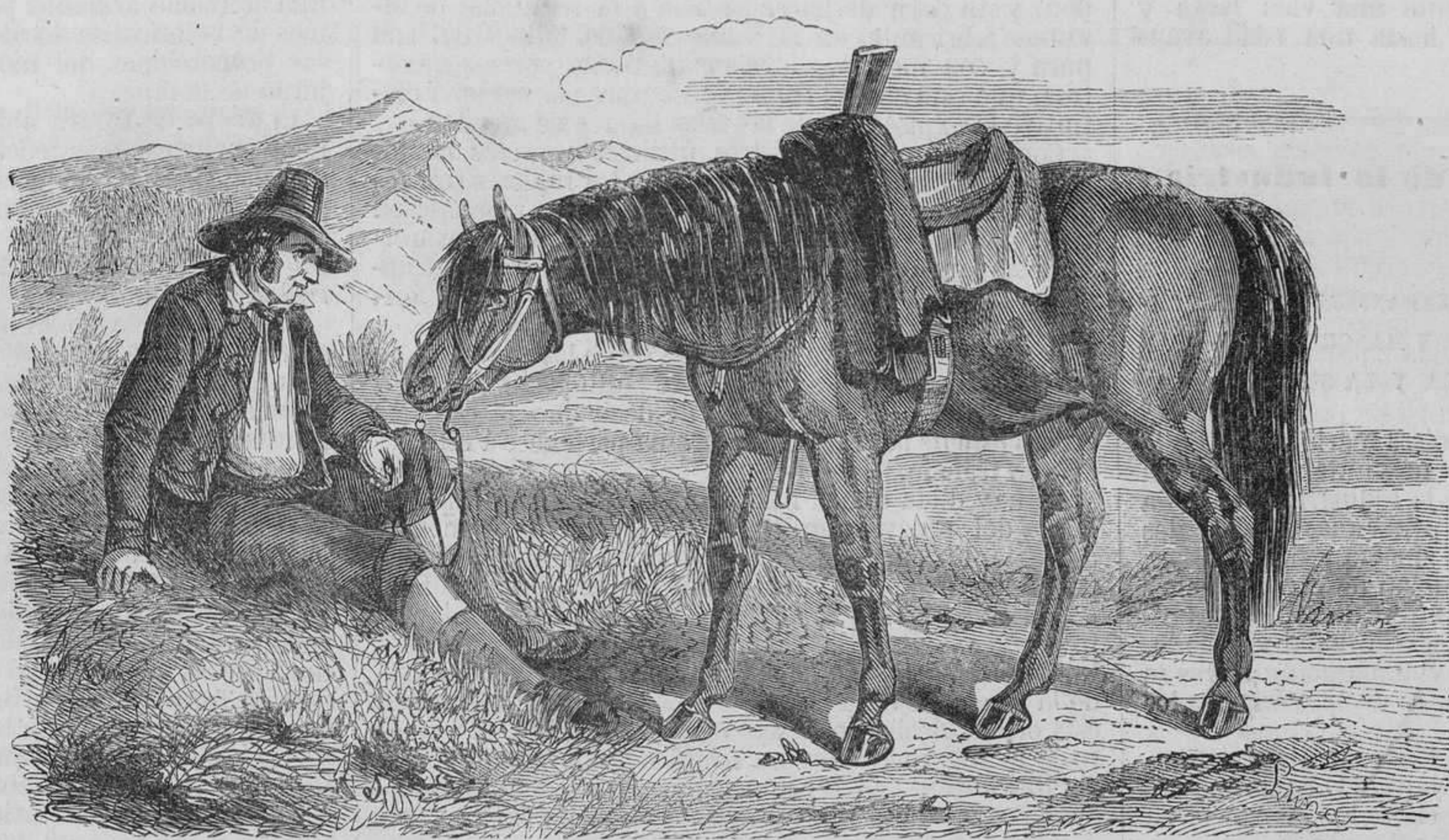
Las razas de caballos en Francia. — Caballo contés.

mo] país, igualmente de raza flamenca, tienen los mismos defectos y las mismas cualidades. Son menos altos, menos pesados, y se parecen mas á los caballos belgas. Como los flamencos de que ántes hablamos sirven igualmente para la agricultura, para los carros, y en ciertos casos especiales, pueden emplearse para la artillería. Ni los unos ni los otros deben ser montados. Se dice que durante las guerras de la edad media sirvieron de caballos de silla á les ginetes flamencos que pasaban su vida batallando ya contra sus reyes ya contra los pueblos; pero entónces la raza aunque sacada de los mismos países debia ser otra cosa que lo que es hoy. Mucho mas probable es que los señores de aquel tiempo sacaban sus caballos de la Alemania y de Holanda.

Para no salir del mismo asunto diremos aquí al-

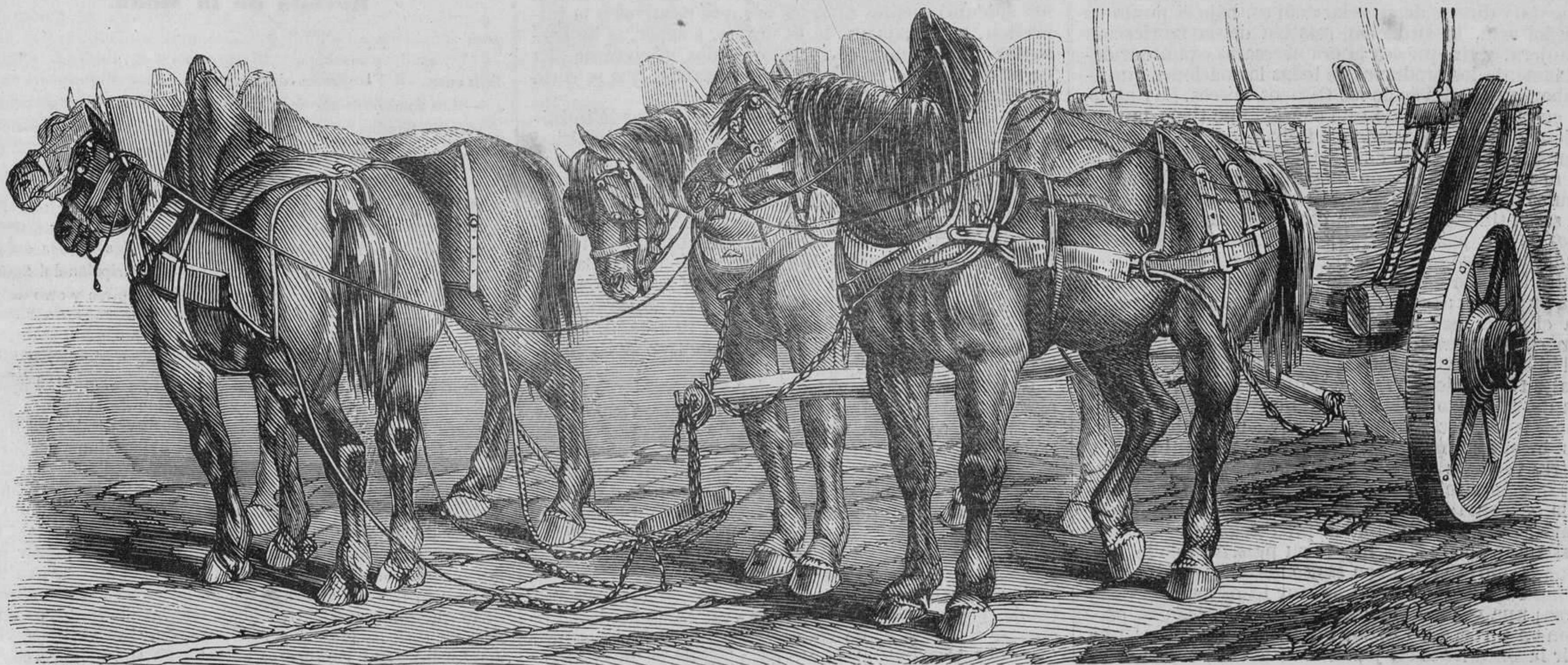
gunas palabras de otra especie de caballos de tiro, del caballo contés. El caballo contés no se monta nunca; es un término medio entre el caballo de tiro rápido como el percheron ó el breton y el potevino y el couchés que son por excelencia los caballos de tiro pesado. Su altura es de 1 m. 55 c. y sus piés son mas voluminosos, sobre todo el casco es mas abierto. Es el defecto principal de los individuos de esta raza, y por eso no es raro verles, con agua en las piernas. Impropios para el tiro rápido no lo son ménos para el pesado. Su verdadero destino es la labranza; sin embargo, se emplean tambien para los carros que llevan á los mercados franceses los quesos de la Suiza y los demás productos del Franco Condado.

Hay otra especie de caballos, los de Rambouillet, muy conocida en los alrededores de Paris. Tienen



Las razas de caballos en Francia. — Caballo corso.

una altura regular, la grupa redonda, las piernas bastante finas, los miembros bien proporcionados. Criados en localidades bastante fértiles, por lo comun en medio de los bosques, tienen fama por su sobriedad, su nervio y su vigor. Estos caballos salen rara vez del punto en donde nacieron. Al ménos en crecido número solo se encuentran en los alrededores de Rambouillet y en el departamento de Sena y Oise. Aunque á menudo son montados por los aldeanos, sin embargo, su empleo verdadero es el tiro. Antiguamente sirvieron para descargar el bosque de Rambouillet y vivian en medio del monte como los del Morvan; esta especialidad les valió el nombre de caballos de descarga, que es el que tienen vulgarmente. Sin embargo, aunque siempre trabajan en lo mismo, tienen además otro empleo, son caballos que conducen



Las razas de caballos en Francia. — Caballos flamencos.

casi todos los vehiculos de los aldeanos, pues si no son bastante fuertes para el tiro pesado, su ligereza y vigor les hace muy propios para un tiro rápido, cuantas veces no deban soportar una carga superior á sus fuerzas. De estos modos son muy apreciados; solo se dice de ellos que tienen los miembros algo raquíticos, pero para eso se han cruzado y ya principia á desaparecer este defecto.

Hemos dicho que la Francia produce todas las especies de caballos que se hallan en los demás países, y aunque hemos enumerado y señalado un crecido número de razas no hemos hablado en esta revista del poney (caballo pequeño de pelo largo). Bien que las islas de Schetland sean la patria verdadera de estos caballos, la Córcega puede sin embargo, rivalizar con ellas por la produccion de esta variedad caballar. Si la pequenez de altura es un de-



Las razas de caballos en Francia. — Caballo de Rambouillet.

fecto, es el único que tiene el caballo corso. Por la seguridad de su pié parece un caballo de montaña, y por el vigor, la energía y la sobriedad puede luchar con las primeras razas. Su vigor raya hasta cierto punto en un exceso, pues se manifiesta á menudo por la indocilidad y la viveza de carácter y por un ardor que no siempre se domina fácilmente. Contra lo que se nota en todos los caballos de las islas Schetland que tienen el pelo oscuro, entre los caballos de la Córcega hay muchos que le tienen por mitad blanco y negro.

El caballo corso no puede considerarse como caballo de tiro propiamente hablando. Sin embargo, se emplea para tirar de carruajes bajos y ligeros y trota con una rapidez extraordinaria.

Como caballo de silla tiene resistencia; es muy útil en las familias de lujo para los niños y los jó-

venes, pues no puede darse nada mejor para paseo. El caballo corso tiene generalmente una vida larga y conserva su energía y su vigor hasta una edad avanzada.

Exposicion Universal de la Industria.

XXIX.

EL GUSTO FRANCÉS Y EL GUSTO EXTRANJERO EN LOS TEJIDOS DE ALGODON. — MULHOUSE Y MANCHESTER. — SAN QUINTIN Y GLASGOW. — TARARA Y LA SUIZA.

Un fabricante de uno de los países meridionales de Europa á quien hace tiempo se preguntaba porque su casa no figuraba en el palacio de la Industria, respondia que porque no habia podido exponer mas que dibujos franceses del año 1854. Confesion sincera y significativa, que ponía de manifiesto la situacion de otros muchos fabricantes extranjeros. La costumbre de copiar los dibujos franceses no es un hecho excepcional y aislado. Unas veces los reproducen lisa y llanamente; otras se contentan con imitarlos de lejos, es decir, variando los rasgos accesorios.

En los países donde la fabricacion es lenta y rutinaria, sigue á la Francia de lejos, y se deja comunmente un año de intervalo entre el original y la copia; en otras partes la reproduccion se verifica con extrema rapidez. Estas imitaciones continuadas y confesadas bastan por sí solas para atestiguar la superioridad del gusto francés.

La Exposicion Universal nos ofrecia sin embargo un medio muy directo de apreciar cuál es, bajo el punto de vista del arte, la situacion relativa de la fabricacion extranjera, y sin que sea ahora necesario examinar detalladamente los productos de todas las naciones que figuraban en el edificio de los Campos-Eliseos. Hay algunas, cuya industria bajo este concepto no tiene la pretension de pesar demasiado en la balanza. Bastará pues solamente, á propósito de la industria algodoneira de la cual nos ocupamos en este instante, comparar aquellos artículos franceses que parecen creados expresamente para ser el símbolo del gusto, con artículos análogos tomados de los países extranjeros donde se ejecuta en grande el mismo género de trabajo.

Entre los diferentes ramos de la industria algodoneira, la impresion es sin duda aquel en que el arte desempeña el papel mas importante, y por esta razon se la ha querido á veces clasificar á la cabeza ántes del tejido y del hilado. Estas cuestiones de preferencia entre tales ó cuales fabricaciones rara vez ofrecen un interés importante, teniendo cada industria como tiene, sus condiciones especiales y su funcion particular. Sin embargo es incontestable que la impresion se distingue de los otros vástagos del tronco algodoneiro por las necesidades que incesantemente la aguijonan, como por ejemplo, la de consagrarse á perpetuos ensayos con objeto de variar cuanto sea posible la produccion.

Y si no, pongamos el hilado en presencia de la impresion: ¿qué diferencia en las condiciones del trabajo! El hilador no está obligado á crear todos los dias cosas nuevas; una vez que ha adquirido cierto grado de perfeccion en un género dado, no tiene apenas mas que seguir la línea trazada, y aun si se dedica á perfeccionar sus procedimientos, nada le obliga á transformarlos cuando se le presenta ocasion propicia para ello. Lo contrario sucede con la impresion; cada estacion trae consigo obligaciones imperiosas, que es preciso satisfacer sin pérdida de tiempo, porque la moda impaciente no aguarda jamás á los morosos. Si un fabricante se resiste á sus caprichos en un momento dado, ella le abandona sin piedad, y el abandono es su pérdida.

Para estudiar pues las diferencias del gusto entre las naciones, no puede escogerse un terreno mejor que el de la impresion. Estas diferencias pueden aun manifestarse en el grupo de tejidos labrados, como son las muselinas bordadas, las gasas estampadas, etc. Vamos á escoger sin mucho trabajo en el palenque industrial así determinado, ya en Francia, ó ya del otro lado de sus fronteras, términos de comparacion. La voz pública las proclama ya de antemano. En Francia, tomaremos las fábricas consagradas especialmente á la produccion de artículos de lujo, es decir, Mulhouse, S. Quintin y Tarara; fuera las de Manchester, Glasgow y Suiza son las que pueden competir con las tres fábricas francesas.

Si la metrópoli manufacturera del condado de Lancashire, cuyas muestras en la Exposicion eran verdaderamente grandiosas, si Manchester se dedica á los artículos mas de moda, también fabrica en materia de tejidos de lujo, los mismos géneros que Mulhouse, de modo que se pueden encontrar entre las dos ciudades muchos puntos de contacto aun fuera del círculo de la industria algodoneira. Una y otra explotan también la industria de lanas; y ambas poseen talleres de construcciones mecánicas. Mulhouse empieza á ocuparse en trabajos de sedería á lo ménos para muebles y para algunos otros usos, y es sabido que el distrito de Manchester en la mayor parte de las variedades de la industria tejedora, aspira á rivalizar con las primeras fábricas de Lyon.

Mientras que el centro alsaciano lucha así con el centro británico, no por el número, sino por la naturaleza de la produccion, la ciudad de S. Quintin toca por muchos lados al dominio de la fabricacion de Glasgow. Pero, preciso es confesarlo, S. Quintin no estaba tan completamente representado en el palacio de la Industria como

las otras grandes fábricas francesas de tejidos de algodón, y sin dejar de hacer justicia á la habilidad de algunos fabricantes en la confeccion de tejidos de lana pura y con mezcla, se veía claramente por sus muestras, que esta ciudad conserva siempre por carácter distintivo la explotacion de las telas ligeras de algodón.

Como en uno de nuestros últimos números hemos reconocido plenamente el mérito de los ingleses con relacion al precio á que pueden expedir sus mercancías, no tememos el que se nos tache de parciales al examinar comparativamente los productos ingleses y los franceses bajo el punto de vista del gusto y de la fantasía.

Bastará pues echar una mirada sobre las muestras de los fabricantes de impresiones de Mulhouse para reconocer cuánta razon teniamos al decir que el carácter dominante de la industria alsaciana pertenece á este orden de trabajo.

No hay duda que el hilado y el tejido han entrado en la via del progreso en el grupo de los departamentos del Este. En cuanto al hilado lo hemos demostrado suficientemente; y si quisiéramos juzgar de la realidad de un movimiento análogo en el tejido, no tendríamos mas que examinar las diversas telas que provienen del tejido mecánico. En el departamento de los Vosges donde de la mano de obra cuesta tan poco, en Senones donde está el establecimiento mas vasto del distrito, el número de telares mecánicos ha recibido un aumento considerable durante estos últimos años, y sigue aumentando todos los dias. En Mulhouse M. Charles Mieg, y en Altkirch M. Jourdain, aplican la máquina á la confeccion de tejidos finos de grande anchura, y obtienen resultados verdaderamente extraordinarios.

Esta multiplicacion de telares mecánicos, este acrecentamiento de hilanderías no podrán jamás quitar á los descubrimientos ni á los ensayos relativos á la impresion, la ventaja que le es propia, á saber, la de presentar un aspecto mas variado y mas interesante. La perfeccion de los productos es tan grande, que se diria ha llegado ya á sus últimos límites.

Las muestras de Weserling sorprendian por la infinita variedad de sus matices y por el gusto y precision en la colocacion de sus colores. Visitamos sus escaparates en compañía de un fabricante muy entendido en la materia, que nos confesó reconocia la realizacion completa de lo ideal en materia de impresiones de tejidos. El inimitable gusto de la Alsacia brillaba también en las telas de los hermanos Kœchlin y compañía, Hartmann é hijo, y en las telas para muebles de los Sres. Schwartz y Huguenin. Aun citaremos los artículos de los hermanos Schlumberger y de los hermanos Heilmann, los de los Sres. Ecky compañía, de M. Scheurer Rott, de M. Thiery, Mieg y compañía.

Cuando se recorrian las galerías extranjeras y aun algunas de las salas francesas reservadas á las industrias de hilados, se sentia una especie de sorpresa causada por el carácter particular de la fabricacion alsaciana. Este rasgo que merece señalarse, consiste en la perfecta armonía de los matices. Todos los fabricantes de la Alsacia, á excepcion de uno solo, supieron no llamar la atencion con combinaciones caprichosas ni con matices forzados, y no solo la fabricacion de lujo sino la ordinaria manifiestan un gusto excelente.

No pretendemos negar por cierto que en los escaparates de ciertas exposiciones extranjeras como los de Manchester y Glasgow, no se hallaran también muestras muy notables bajo el punto de vista de la impresion. ¿Cuán fácil habria sido sin embargo el hacer ver en los estantes extrajeros tonos opuestos y duros y matices mal proporcionados! Cuanto mayor es la ventaja de los fabricantes ingleses sobre los franceses en lo que concierne al precio, tanto es mayor la de estos sobre aquellos en lo que concierne al gusto. No dejaban de llamar la atencion los tejidos de M. Crum (Walter) y compañía, de los Sres. Tomás Hoyle é hijo, de James Black y compañía que se acercaban al género de Mulhouse. La fabricacion de S. Quintin se hallaba imitada por el contrario en los envíos de los Sres. Yung y compañía, de los Sres. Auld, Berrie y Mathieson y de los Sres. Yates, Brown y Howat.

La industria algodoneira de otros países merece también algunas menciones individuales, como son en Bélgica, M. Hooreman-Cambier; en Austria, M. Redhammer, y en Suiza M. Anderegg. Los Estados ménos avanzados en la industria, como el Hanóver, la Suecia, la Noruega, la Toscana, el Portugal y la España, enviaron muestras donde se revelan esfuerzos dignos de emulacion. Respecto al Portugal dirémos que la Compañía portuguesa que se ocupa simultaneamente del hilado y del tejido, está en via de progreso.

Apenas puede decirse que exista rivalidad entre estas dos últimas naciones y la Francia; pero en cambio vamos á encontrarla bajo caracteres vivos y notables entre Tarara y la Suiza en la especialidad de los tejidos mas finos y de los ricos bordados. Por una singular coincidencia á propósito para facilitar la comparacion, los bordados del centro del Ródano y los de los cantones de S. Galo y de Appenzell se hallaban colocados en el lado opuesto de un mismo escaparate. La multitud de personas que rodeaba constantemente estas espléndidas exposiciones pudo apreciar con facilidad la diferencia que existe entre ambas fabricaciones.

Es preciso decir desde luego que la fábrica de Tarara jamás se habia presentado en las exposiciones anteriores con tanto brillo como en la pasada. Setenta y ocho expositores se agruparon en la galería que se les habia desunado, y todos sus estantes revelaban un talento industrial muy experimentado. Véase allí de un modo

claro una fabricacion que progresa, y en donde reina una actividad ardiente pero meditada. Los diversos ramos de la industria local participan, aunque en diversas proporciones, del movimiento que reina en el conjunto de la fábrica.

El grupo de Tarara abrazaba diferentes clases de tejidos pertenecientes todos á la categoría de los tejidos mas delicados. Habia tarlatanas y muselinas lisas y bordadas, vestidos de fantasía de muselina y batistas de Escocia de color; luego las imitaciones del plumetis, los artículos bordados para muebles y una infinita variedad de pequeños objetos bordados.

Tarara emplea en su fabricacion los hilos de los números mas elevados, los hilos mas finos, que saca comunmente de la Alsacia, y de la parte flamenca de la Francia, y aprovecha también aunque escasamente la facultad que dejan las leyes de aduana á los hilos del algodón extranjero contando desde el número 143. Cuanto mas fino es el hilo paga mas; aunque naturalmente pesa ménos.

En Tarara todos los artículos se fabrican á la mano. Como no existen hilanderías en este distrito, los aparatos mecánicos son casi desconocidos. Si la máquina de vapor quiere invadir el dominio de los artículos mas finos, de esas tarlatanas de una finura casi impalpable no será en Tarara donde principiará su conquista, pues los hábitos inveterados que hay allí le opondrían una resistencia difícil de superar. Pero ya hemos visto que en Mulhouse se hacen pruebas para una parte de los tejidos ligeros; seria temerario querer precisar donde se detendrán las invasiones de la mecánica.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — Fotografía de Longchamps. — Rigores del cielo. — Los sombreros abren la marcha de las novedades de primavera. — Sombreros nuevos. — Cambio notable en los vestidos. — De los inconvenientes de la crinolina para la moda. — Las mangas son mas variadas cada dia. — Aparicion de las faldas en punta. — Tres trajes para comida de etiqueta. — Cada vestido tiene su nombre como una mujer á la moda. — Sigue la moda de los polvos en las Tullerías. — Prendas hechas del género clásico y del género de fantasía. — Descripción del figurin de este número que representa un traje de soirée y otro de visita de primavera.

Longchamps ha estado triste, pero no ha sido culpa de la moda que habia preparado para esta solemnidad maravillosa de coquetería y de elegancia, sino de la señora primavera. Ha hecho un tiempo horrible; lluvia todos los dias, jamás floró tanto el cielo. Todas las bellas damas salieron á pasear en coche cerrado, y los jóvenes á caballo parecian todos ambulantes con sus capas impermeables chorreando agua. El triunfo de Longchamps ha sido para los nuevos coches de alquiler y para los carruajes de anuncios. En cuanto á las modas nuevas no han podido desplegar sus mil tesoros de buen gusto, y sin embargo, mas de una bonita joven llevaba el sombrero de primavera. El sombrero es lo que inaugura las novedades de las diferentes estaciones; él abre la marcha; luego vienen los vestidos y las manteletas. Los sombreros actuales no son sombreros; es un inmenso volante que hace las veces de ala y de casco. Cuando esta moda se exagera es absurda y ridícula, tanto como es original y graciosa cuando es razonable. Este volante ó guarnicion de detrás cuando es un poco grande está sin duda mucho mejor que cuando es mezquino. Voy á dar la descripción de varios sombreros muy aristocráticos que no han figurado en Longchamps, pero que debian haber salido si hubiese hecho buen tiempo.

— Un bonito sombrero de tul cubierto de altos encajes negros y de altas blondas blancas; el borde del ala y de la guarnicion llevan un ancho sesgo de tafetan malva. Por un lado bajo la blonda hay un ramito de primaveras que vienen á florecer en el interior del sombrero en medio de un rizado de blonda. Las cintas son de raso color de malva. Este sombrero es precioso para una joven de veinte años.

— Otro de tul con el ala a lornada de afollados y puntillas de blonda blanca y negra. Una cinta verde sombreada atraviesa el ala y cae por detrás entre una profusion de blonda blanca y de encaje negro. Al lado hay dos ramitos de violetas que se unen con el ramo de encima. Cintas de raso verde sombreado.

— Otro compuesto de tul, de blonda blanca y de cinta color de rosa. Al borde del ala hay una rica guarnicion de encaje de Chantilly de unos dos metros formando velo por delante y cayendo de lado. Las puntas se unen bajo la barba y se cruzan sobre un lazo de tafetan color de rosa que sirven para sostener el sombrero. El mismo lazo se repite sobre la guarnicion de detrás. Por un lado cae un elegante sauce de plumas de color de rosa. El interior va adornado con capullos de rosa. Es un tocado de Greuze, que recuerda el tiempo de María Antonieta.

— Otro de paja blanca nueva, llamada de « Panamá », adornado en su ala y guarnicion con sesgos de terciopelo verde. Este sombrero lleva ramos de violetas medio ocultos entre cascadas de encaje negro. Es admirable de sencillez y distincion.

— Otro de paja y cerda con puntos de terciopelo negro. El casco va inclinado y todo cubierto de hojas y de encaje negro. El ala y la guarnicion llevan un sesgo de tafetan

oscuro. Por un lado bajo las hojas se ve un lazo del mismo tafetan. Este sombrero que tiene un sello de mucha originalidad gusta extraordinariamente á las señoras del gran mundo.

— Otro de paja muy fina y lisa, llamada paja belga, adornado con hermosos encajes negros unidos con tiras de terciopelo negro, y ramos de rosas.

— Otro de paja de arroz guarnecido de terciopelo negro. Al borde del ala y de la guarnicion va fruncido un gran volante de encaje negro. Por un lado solamente se escapa bajo al borde del ala bajo un lazo de encaje negro, una larga pluma negra flotando á la española sobre el casco y la guarnicion y arrollándose en cascada rizada en la caída del cuello.

Esos son los sombreros del dia, y si me he extendido tanto en su enumeracion, es porque considero un boletín de modas como un decreto del *Monitor Universal*; es preciso que mis lectoras sepan cuál es la moda, para que puedan copiarla y hacer sus pedidos.

Los vestidos presentan igualmente cierta originalidad de corte y de adornos. Algunos son muy atrevidos: los hay cuyas faldas son altas y llevan pliegues aplastados sobre las caderas, describiendo un poco de punta por detrás, pues están recortados por delante. La orla de la falda forma un ancho abanico, en tanto que la parte de arriba dibuja la forma del cuerpo y no va ya ahuecada con volantes ni con crinolina. Hé ahí, pues, una transformacion notable, y no me sorprenderia que volviésemos á los vestidos de punta y á las modas del primer imperio, por supuesto modificadas, embellecidas y perfeccionadas. Los extremos se tocan: las mangas aplastadas vinieron despues de las anchas, como estas vinieron despues de las ajustadas. Los vestidos estrechos podrían muy bien reemplazar los vestidos en forma de campana.

Tambien se guarnecen las orlas de algunos vestidos de calle con pequeños volantes, con afollados y rizados á la antigua. La falda se encuentra necesariamente dispuesta al sesgo y con mélos anchura sobre las caderas. No sé si todas estas innovaciones se adoptarán, pero las señalo á título de novedades. Tambien tenemos nuevos volantes en forma de cañon de órgano, que se hacen con cintas y tafetan, lo que tiene infinita gracia. Este cañon se oculta con una cinta. Tambien se estilan estos volantes para baile.

En cuanto á los corpiños no han sufrido las mayores modificaciones. Se hacen bastantes con faldetas largas y cuadradas, y tambien sin ellas, abiertos hácia la cintura en forma de chaleco de hombre. Las mangas son siempre muy variadas. Las hay de pequeños afollados que terminan en volantes; otras tienen cuchillos que se escapan de cruzados de cintas. Uno de estos últimos modelos consiste en una manga compuesta de un afollado, de un volante, de un segundo afollado, y de una vuelta mosquetera prendida en la sangría del brazo, para dejar á descubierto un afollado de encaje, de tarlatana ó de muselina. Tambien hay otro modelo de manga formada de un rizado, de un volante, y de un grueso afollado de tarlatana rayado de cinta. La orla del afollado va reunida con un brazaletes de cinta que se prende en la muñeca con un lazo.

Para hacer comprender mejor la variedad de los vestidos y de las telas, voy á fotografiar algunos prendidos muy elegantes.

En casa de madama de C... he visto tres vestidos de comida de etiqueta llevados por tres reinas de gracia y de hermosura. La señora condesa de Rosini, una adorable polaca que tiene una cabellera tan espléndida como la de la señora duquesa de Berry, llevaba un lazo de cinta de terciopelo color de cereza y negro puesto muy bajo en su rodete de cabellos rubios. Su vestido de muaré antiguo color de cereza iba cubierto con una falda de tul negro, con tres volantes de lo mismo, rayados de terciopelo color de cereza y negro. El corpiño era escotado y alto, esto es, el tul negro velaba el pecho y los hombros de una blancura como la nieve. Por delante y detrás formaba punta, sin faldetas y con una profusion de terciopelo color de cereza y negro que las suplían. Cuando una mujer es delgada y bien hecha, este adorno la sienta perfectamente. Las mangas medio justas concluían en dos grandes volantes de encaje mezclado con cinta de terciopelo.

La señora vizcondesa de P... llevaba una levita de muaré antiguo azul con un delantal y un adorno de corpiño de muaré antiguo blanco bordado de perlas azules. Las mangas se componían de pequeños cuchillos de muaré blanco, con bordados de perlas. La manga iba cerrada con seis gruesos botones de turquesas y cubierta con un puño grande mosquetero de punto de Alençon. El cuello era de punto de Alençon, y estaba prendido con un cordón de turquesas que caía sobre el pecho. En la cabeza esta elegante de diez y nueve años llevaba simplemente los polvos á la moda sobre sus hermosos cabellos rubios y un *tape l'œil* de diamantes colocado al lado izquierdo, sobre un bucle levantado á la Valois. Este adorno está muy á la moda; se hace de flores, de cintas, de pedrerías; hay rostros divinos con un *tape l'œil*, pero otros por el contrario no le admiten.

El tercer prendido era el de la señora condesa Murat. Su vestido de tafetan color de malva, género mosaico, tenia tres volantes, dos grandes y uno pequeño. Cada volante, mitad malva y mitad mosaico grosella con dibujos malva imitando pedrerías, llevaba un fleco color de malva. El corpiño escotado tenia un afollado griego de tafetan prendido de distancia en distancia con broches de cinta mosaico. El talie bajaba de las caderas, y estaba señalado con una ancha cinta simulando un cinturón de pedrerías. Las mangas eran cortas y afolladas. El tocado consistía en una larga pluma color de lila prendida con un lazo de terciopelo verde con puntas flotantes.

Pasemos ahora á los trajes de calle. Se llevarán vestidos

sin volantes, lo que no quiere decir que las faldas serán lisas, al contrario, irán adornadas con rizados de cinta, flecos de felpilla, franjas, galones ó encaje. Los vestidos estampados tienen muchos nombres que los distinguen unos de otros absolutamente como las mujeres á la moda.

Hay el vestido « mármol de Paros » con tres volantes jaspeados y estampados de todos colores. El corpiño se hace sin faldetas y baja de las caderas: por adorno lleva cintas mármol de Paros; las mangas tienen cuchillos que se escapan de cruzados de cintas, y dos volantes jaspeados.

Luego tenemos el vestido « Margarita » de tafetan estampado azul de China con tres volantes de tafetan la mitad azul, la mitad blanco. Sobre el tafetan blanco hay un rico efecto de margaritas con hojas. El corpiño es de faldetas largas, con tirantes de cinta: las mangas son aplastadas casi hasta el codo con rayados de cinta de margaritas, y terminan con un grueso afollado de tafetan liso y dos volantes.

Despues citaremos el vestido « Dalia » tambien de tafetan estampado con cuatro volantes verde malaquita. Los volantes reproducen estampados de dalias. El corpiño abierto cae casi derecho como una chaquetilla oriental. Va adornado con dos dibujos de dalias y cerrado con cuatro lazos de cinta verde. Las mangas van fruncidas horizontalmente hasta el codo con rayados de cinta y acaban en dos volantes.

Estos vestidos no son mas que ensayos; mas adelante veremos.

En las últimas fiestas de Tullerías se distinguieron tambien muchos prendidos del tiempo de Luis XV. Esto de llenarse de polvos es poco gracioso; hay señoras que llevan la cara blanca como la porcelana.

Ya que hoy me hago cargo de las primeras novedades de la moda, diré dos palabras sobre las manteletas ó adornos hechos. Hay el adorno « clásico » y el de « fantasía »; el clásico tendrá la forma de una manteleta, de una redonda ó de un corpiño ajustado: los adornos se componrán de rizados cortados ó de pliegues, con flecos ó con franjas. Los colores serán azul de China, color de perla, blanco puro y violeta silvestre.

En estas prendas tenemos la « Jaguarita » que forma un corpiño cubierto de encaje negro con galones labrados.

— El « Desgrieux », manteleta adornada con una berta y un volante con rizado de tafetan y terciopelo.

— La « Victoria », manteleta de tafetan negro con fleco y galones negros labrados.

— La « Maçonnais », manteleta de tafetan negro adornada con rizados de encaje negro con listas de terciopelo formando fichú y con una franja de bolitas en la orla del volante y del fichú de encaje.

En prendas de fantasía hay la « Andaluza » de tafetan negro y color de violeta que describe un corpiño ajustado. Los delanteros van cerrados con lazos de tafetan violeta y borlitas; la orla lleva un sesgo de tafetan violeta y una guipure negra. En cada hombro hay un lazo guipure y cinta violeta.

Luego hay la « Jenny Bell » de tafetan blanco ó tafetan azul de China con volantes de entredos de guipure negra, mezclados con bandas de terciopelo y de tafetan.

El mes próximo las señoras parisienses principiarán á pensar en los viajes al campo, lo cual es un asunto importantísimo para las mujeres de la alta sociedad, pues la moda tiene sus exigencias en el campo lo mismo que en Paris.

La muchedumbre acude al campo para disfrutar de los encantos de la naturaleza, para pasearse por las alamedas, para recoger el ambiente de las flores y los cantos de los pájaros, pero las grandes señoras van á sus palacios para lucir sus galas de pastoras, de jardineras, etc., etc. Hay en las modas del campo categorías muy distintas; esto es, el traje sencillo no sirve para visitas ni para ciertas horas, pues la etiqueta manda que se le sustituya con un traje de lujo. Y cuando digo traje sencillo me refiero á esos vestidos de telas ligeras, de telas de verano, de jaconás, piqué, muselina, ó mas bien me refiero á las telas mismas, pues sus hechuras son en el dia tan complicadas, muestran tantos adornos, como aquellos que pueden verse en un gran vestido de seda ó terciopelo. Tal es el gusto. Pero en fin ya, daremos amplios detalles sobre estas modas cuando llegue su época.

El mes próximo habrá otras novedades.

Entretanto llamo la atencion de mis lectoras sobre el figurin de este número que representa un traje de soiré y otro de visita de primavera.

El primero se compone de un vestido de droguete azul celeste sembrado de ramitos de oro. Corpiño de punta adornado con cuchillos de punto de Alençon dispuestos en afollados y lazos de encaje. La berta forma tres lazos sostenidos con tres ricos broches de pedrerías. Las mangas son cortas y van adornadas con un gran volante de encaje guarnecido de punto de Alençon. Tocado Luis XIV ilustrado de perlas blancas. Brazaletes de perlas finas y de diamantes. Abanico Watteau.

Segundo traje. — Vestido de tafetan color ceniciento con tres volantes negros estampados. Corpiño subido abotonado y de pequeñas faldetas; tirantes cruzados en fichú: las faldetas y los tirantes llevan un rizado de tafetan. Mangas formadas de un pequeño afollado, de un volante, de un afollado mayor y de un segundo volante. Afollados de batista con vueltas de bordado en relacion con el cuello aplastado. Guantes amarillos. Brazaletes sencillos de oro grabados y esmaltados. Sombrero capota de crespón verde esmeralda con adornos de terciopelo negro. Por detrás lleva un volante de encaje negro. Lazo de terciopelo negro colocado muy bajo á cada lado de la guarnicion de detrás; cintas negras y verdes.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Incendio de Macao.

Macao es sin contradiccion la ciudad mas tranquila del Asia oriental Consagrada casi enteramente al comercio que la vivifica, no halla en los reducidos límites de su península ningun motivo de viva distraccion. El correo de Europa llega allí una vez al mes con noticias de los cuatro ángulos de la tierra; la curiosidad general se exalta ese dia extraordinariamente, pero al siguiente todo vuelve á su calma acostumbrada y no se piensa mas que en el precio del opio.

Así pues los dias en que Macao proclamó con gran solemnidad el advenimiento de Don Pedro V al trono de Portugal, hubo un movimiento y un regocijo general. La fiesta principió el 23 de diciembre, y duró tres dias consecutivos. Desde muy temprano los antiguos fuertes donde el gran Camoens sirvió como simple soldado hacían salvas de artillería, á las cuales respondían los buques de guerra estacionados en el puerto. A eso del medio dia, el gobernador acompañado del senado y de todas las autoridades civiles y militares se dirigió al salon del Ayuntamiento, donde estaba el busto de Don Pedro colocado bajo un dosel, y asomado al balcon de la plaza, proclamó por tres veces al nuevo soberano en presencia de una inmensa muchedumbre que acogía sus palabras con entusiastas aclamaciones. Despues de la proclamacion oficial, las autoridades se encaminaron á la catedral, donde el obispo entonó un solemne *Te Deum* en accion de gracias. Asistieron á esta ceremonia el señor conde de Curcy y todo el personal de la legacion francesa, el contra-almirante Guerin, y los comandantes y oficiales de las fragatas *la Virginie* y *la Constantine*, á quienes el gobernador de Macao habia enviado esquelas de convite. Por la noche una brillante iluminacion daba á la ciudad un aspecto magnífico, y recordaba á los marinos franceses las fiestas de la madre patria. Hasta los chinos quisieron rivalizar con los portugueses en esta ocasion haciendo á su manera fuegos artificiales dramáticos y disponiendo pabellones iluminados de diferentes colores; en efecto, desde la supresion del mandarín de Macao los chinos que nacen en esta ciudad pueden considerarse como súbditos de su majestad fidelísima.

Pero de todos los edificios públicos y particulares, el que mas brilló por la riqueza y buen gusto de las decoraciones fué la residencia del señor baron del Cercial, cónsul general del Brasil. Mas de 3,000 luces fueron hábilmente colocadas conforme á un modelo bastante bonito en su género, dibujado con arreglo á los de Paris por el hijo del baron durante su permanencia en esta capital. No faltaban mas que los vasos de colores para recordar, aunque en menor escala, nuestras magníficas iluminaciones de los Campos-Eliseos.

De este modo continuaron hasta el 28 de diciembre las salvas de artillería, los conciertos públicos, las paradas militares, las iluminaciones y los bailes; pero aun no se habia apagado el eco de las diversiones, cuando una calamidad inmensa vino repentinamente á esparcir sobre Macao el terror y la desolacion.

Es preciso advertir á nuestros lectores que la ciudad de Macao está construida sobre una lengua de tierra que apenas tiene un kilómetro de anchura, y que se divide casi longitudinalmente en dos partes, habitadas la una por los europeos, y la otra por los chinos. La ciudad europea se extiende al Sur á lo largo de una hermosa playa que da frente á la rada exterior; compónese de casas de ladrillo con uno ó mas pisos, presentando ese aspecto de aseó y limpieza esmerada que se observa en casi todas las colonias intertropicales. Por el contrario, la ciudad china forma al Norte un inmenso barrio cuyas callejuelas estrechas y tortuosas desembocan en el puerto interior; las casas de que se compone son en su mayor parte de madera, bajas y oscuras, y están apiñadas las unas contra las otras, y por lo tanto mal ventiladas. Allí se hallan amontonadas bajo cobertizos húmedos y sombríos, las provisiones de toda especie no solo para la poblacion de la península, sino para los buques y lanchas del puerto, as como tambien la madera de construccion, las cuerdas, las resinas, el combustible, y en una palabra todo el material marítimo, sin contar las mercancías en depósito que llegan accidentalmente del interior de la China para ser exportadas.

El 4 de enero, pues, á la una del dia, se declaró el fuego en las casas de hojas de palmera inmediatas á la antigua aduana imperial; á la extremidad Norte de la ciudad china. Como el viento soplabá con violencia del Nordeste, las llamas atacaron rápidamente las casas vecinas, y en pocos instantes el incendio se manifestó en muchos puntos á la vez, dirigiéndose en grandes torbellinos hácia el interior del bazar. Los fuertes portugueses dieron enseguida la señal de alarma, y los bomberos de Macao no tardaron mucho en encontrarse en el lugar de la catástrofe; pero cómo trabajar con dos ó tres bombas, que datan tal vez del reinado de Don José I, con ruedas de una pieza como las antiguas carretas, con émbolos que no hacen el vacío, y con tubos endurecidos imposibles de desarrollar? Así, aun ántes que llegase la noche, el incendio, alimentado por las materias inflamables encerradas en gran cantidad en el bazar, se extendía desde la orilla del mar hasta la plaza central del Senado, amenazando tragarse no solo la ciudad china cuya ruina estaba fatalmente decidida, sino tambien toda la ciudad europea. Por fortuna la fragata francesa *la Virginie* y *la Constantine*

estaban ancladas en el puerto. Al primer cañonazo de alarma el contra-almirante Guerin envió á tierra 250 hombres provistos de todos los útiles necesarios para detener los progresos del incendio. El plan de operaciones estaba marcado; la ciudad china se hallaba irremediablemente perdida; era preciso preservar la europea, y á este fin se dirigieron todos los esfuerzos. Las casas chinas de la plaza y calle del Senado que podían comunicar el fuego hacía el Sur, fueron demolidas ántes que aquel se apoderase de ellas; aquellas cuyas llamas rozaban ya el convento é iglesia de San Francisco se llenaron de agua por medio de las bombas; se trató de poner un obstáculo á los progresos del elemento destructor en toda la línea central que separa las dos ciudades, en una palabra, el Macao portugués quedó ileso, en tanto que el Macao chino era como un mar de fuego del que nada podía salvarse. Según el testimonio de todos los habitantes, los marinos franceses se condujeron con un ardor y una abnegación superiores á todo elogio,

y es incontestable que la colonia les debe el no haber sido convertida enteramente en un montón de ruinas. El incendio duró toda la noche del 4 al 5; noche terrible en que el siniestro resplandor de las llamas, los gritos aterradores de la población entera reducida á la más completa desnudez, y la invasión á mano armada de millares de ladrones llenaban de espanto los más intrépidos corazones. Por último, la noche del 5 y cuan-

do la devastación parecía casi terminada, los bandidos que habían venido la víspera para apoderarse del botín, pusieron fuego á un inmenso cercado habitado exclusivamente por los barqueros chinos del puerto interior. La multitud de casas que allí se encuentran apiñadas, y que están construidas con madera y paja fueron en pocos instantes presa de las llamas; pero la pérdida material fué aquí poca cosa comparada con los ac-

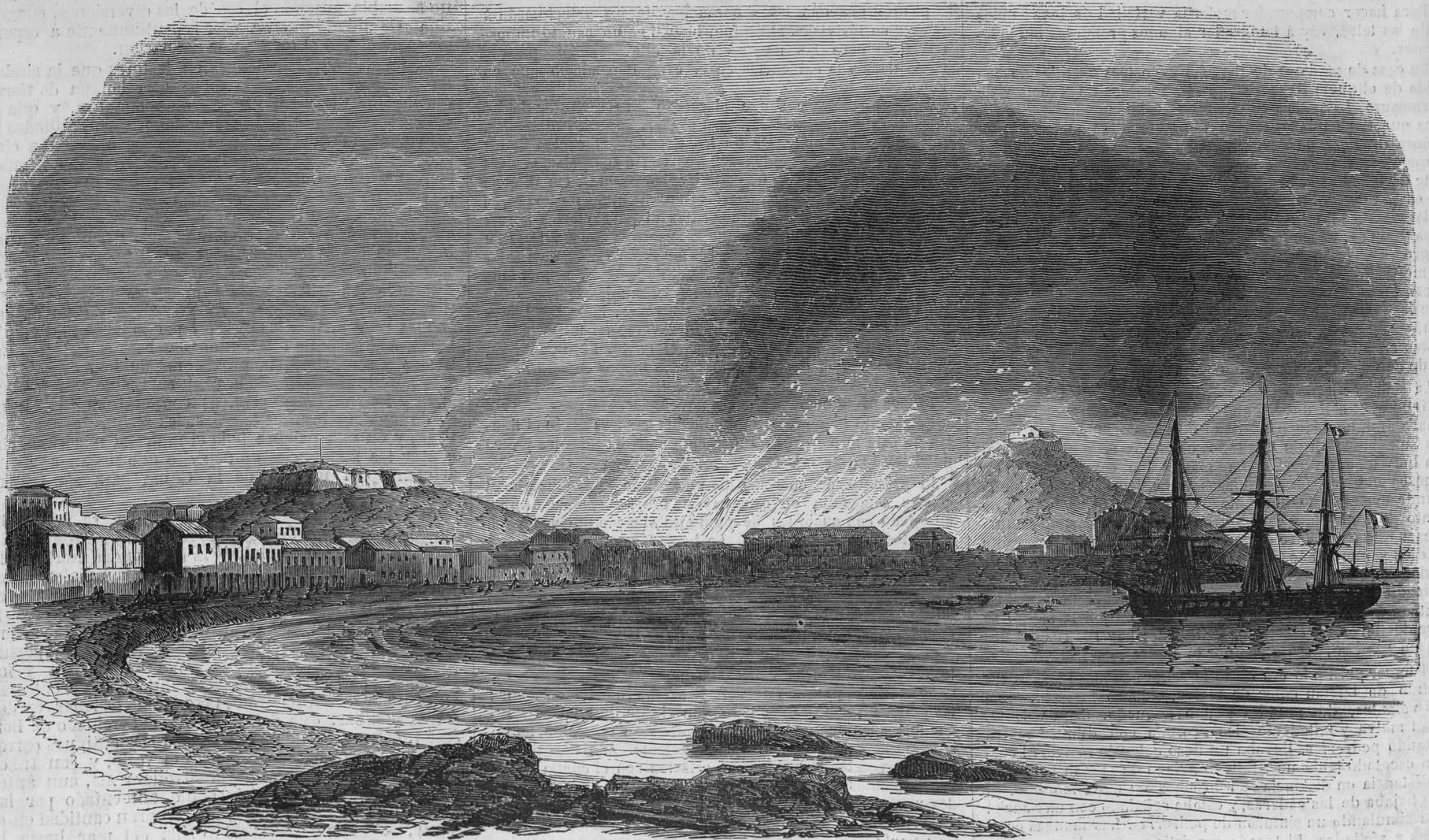
identes personales que hubo que deplorar. En el cercado no había por toda salida más que una puerta pequeña, y esta puerta estaba cerrada con llave. A los primeros gritos que se oyeron, todos los vecinos se precipitaron para salir; pero ántes de conseguirlo muchos de ellos fueron alcanzados y consumidos por las llamas, al paso que otros eran ahogados ó pisoteados por la multitud: de estos últimos se recogieron 43 cadáveres. Los ladrones habían calculado sin duda que á favor del desorden ocasionado por este nuevo ataque del fuego podrían incendiar el barrio que los marinos acababan de salvar; pero las tropas portuguesas llegaron á tiempo para cogerlos en flagrante delito, y detener así la obra de devastación.

Se calculan un millón y medio de piastras (ocho millones de francos) las pérdidas ocasionadas por el incendio del barrio chino de Macao, que hubieran sido tres ó cuatro veces mayores si el barrio europeo hubiera seguido la misma suerte. ¿Qué de tiempo y trabajo no se necesitará ahora para reparar tamaño desastre

M. C.



Iluminacion del palacio del cónsul del Brasil en Macao, al advenimiento de Don Pedro V al trono de Portugal. |



Parte Sudoeste de la ciudad de Macao, preservada del incendio.